

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SEÑOR

D. JULIÁN RIBERA Y TARRAGÓ

EL DÍA 6 DE JUNIO DE 1915



MADRID

«IMPRESA INÉLICA».—ESTANISLAO MAESTRE

Calle de las Pozas, 12.—Teléfono 3.854

1915

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. JULIÁN RIBERA Y TARRAGÓ

SEÑORES ACADÉMICOS :

Hoy se realiza uno de los dorados sueños que más me ilusionaron con tentaciones halagaderas en mi ya lejana juventud. Os lo digo ingenuamente, no por el deseo de insinuarme en vuestros ánimos a fin de atraerme vuestra benevolencia (pues de ella estoy seguro, ya que me habéis honrado llamándome a vuestro seno), sino como desahogo de un sentimiento profundo de verdadera gratitud. Se os hará evidente con pocas palabras.

Cuando allá en mis mocedades frecuentaba yo la Universidad, iba aprendiendo las disciplinas de Filosofía y Letras sin vocación señalada y especial a ninguna de las múltiples ramas que abraza esta carrera: todas me atraían, como al turista que recorre por primera vez un país desconocido; pero al cursar la asignatura de Lengua árabe, noté una novedad en el maestro: éste, hombre llano y asequible, brindábase a la comunicación frecuente y a la intimidad; no sólo incitaba a sus alumnos al estudio de esa lengua como disciplina universitaria, sino que los estimulaba y animaba a aprenderla como medio o instrumento de investigaciones futuras; y aun se ofrecía generosamente a seguir prodigando sus enseñanzas en su propio domicilio, a prestar libros y medios de iniciación y hasta compartir las labores con sus discípulos más aventajados.

Aquello causóme impresión muy viva por lo halagadora e inusitada: tal desprendimiento y generosidad eran rarísimos, al menos en esa forma tan franca y tan sincera. Aún me acuerdo de la primera entrevista que tuvimos en su casa:

apenas iniciada la conversación, fué a buscar un viejo manuscrito moro cuya edición comenzaba entonces: la *Asila* de Abenpascual, empresa en que se había empeñado con acuerdo, ayuda y protección de esta Academia. En aquel manuscrito vi una revelación plástica de lo que se podía hacer con paciencia y laboriosidad: resolví dejar en segundo término todos los demás estudios, para dedicarme exclusivamente a la especialidad, a la que, si he de hablar aquí con el corazón en la mano, no había imaginado nunca ni pensado siquiera inclinarme; pero me decidió la consideración de que en ella podía encontrar lo que en otras no se me ofrecía: un guía experto y un camino anchuroso y fácil que convidaba a satisfacer y colmar todas las ansias y entusiasmos científicos.

En esta Academia hallábanse entonces dos insignes arabistas de honrosísima memoria: Gayangos y Saavedra, que eran, para mi maestro, amigos entrañables, consejeros leales y cariñosos, ayudas de valimiento, de quienes a toda hora me estaba hablando el Sr. Codera con respeto y con cariño. Estos dos sabios y esta Academia, constituyeron los amores casi exclusivos de mi querido maestro: con ellos y con esta Academia comunicaba, pliego tras pliego, las novedades históricas que el texto del manuscrito ofrecía; y como mi maestro tuvo la bondad de asociarme inmediatamente a sus trabajos, y él profesaba singular y entrañable devoción a la Academia que fomentaba sus estudios y atendía con vivo interés su empresa, no ha de sorprender que, junto con las enseñanzas y los afectos con que me distinguía, se haya infiltrado hasta lo más hondo de mi alma la afección a la Academia que fué el motivo de que mi vocación se fijara y se decidiese.

Si a esto se agrega además el haber tenido vosotros la delicadeza exquisita de elegirme para sustituir aquí al Sr. Saavedra, comprenderéis claramente la satisfacción que me habéis proporcionado: me obliga a perdurable gratitud.

Ese varón insigne fué, para los que tuvimos la dicha y el honor de tratarle y de apreciar su mérito, un hombre de vastísima cultura, de gran lucidez de entendimiento y de altísimo valor moral: un sabio, un prudente, un bueno. Yo no me atrevo a juzgar de sus publicaciones y libros en materias

extrañas a mis aficiones; sí puedo decir que si, en esas alcanzó a sobresalir como en sus obras acerca de la historia árabe, debe considerársele como distinguidísimo polígrafo. De estudios arábigos, que constituyeron un entretenimiento de sus escasos ocios, escribió libros con que se honrarían otros que exclusivamente se hubieran dedicado a tales materias. Su obra acerca de la *Historia de la invasión árabe*, es una maravilla de agudeza, de ingenio y de sagacidad: con pocos y no bien concertados textos tejió una narración de tal valor histórico, que les será difícil prescindir de esa versión a los futuros historiadores. Su *Discurso* de entrada en la Real Academia Española, constituye la obra más completa que se ha escrito sobre la literatura aljamiada, a la que han de acudir los especialistas, siempre que de tales materias traten, pues hizo un catálogo minucioso y concienzudo de todos los manuscritos que entonces se conocían. Y su traducción del Edrisí es trabajo fundamental, donde puso de relieve sus excepcionales conocimientos geográficos de la Península. En esta parte no ha habido quien pueda ponerse en parangón con él.

Pero lo más digno quizá de ser recordado por nosotros, es la participación asidua que en el progreso de los estudios arábigos tomó, ayudando generosamente a los demás.

Son estos estudios, bien por lo escaso del número de personas que a ellos se dedican, bien por las supercherfas a que siempre se han prestado, bien por el hielatismo en que algunos los han envuelto, disciplinas que suscitan nerviosa emulación profesional, de envidietas o celos entre los que las cultivan, sobre todo en épocas en que la ignorancia general fomenta la vanidad literaria o la pedantería de los iniciados.

Saavedra se conservó, por su entereza de carácter y rectitud moral, completamente libre de tales pasioncillas: mantuvo estrecha, leal y constante amistad con Gayangos, su maestro; ayudó y aun colaboró en la publicación de las obras de Simonet, del que le separaban abismos espirituales; y hermanó íntima y cordialmente con mi maestro, Codera.

Éran, al parecer, ambos amigos, hombres de carácter

muy distinto: el uno, flexible y dúctil en el trato social, afable y comunicativo, de fácil expresión; insinuante y hábil, como hombre de mundo, para las relaciones y el comercio de la vida; el otro, aragonés sencillo, de conducta franca y rectilínea, algo esquivo, retirado y de pocas palabras, que salen como explosión de convicciones íntimas, cuando la oportunidad las promueve. Pero eso fué la apariencia: coincidían en idénticas, severas y puras inclinaciones morales y religiosas; participaban de los mismos ideales y criterios, amplios y holgadísimos, en materia social y política; y les unía el lazo firmísimo de sus desinteresadas y nobilísimas ambiciones científicas.

Saavedra, por esas dotes especiales, constituyó el brazo derecho de Codera, fué realmente el que dió eficacia a muchas de las iniciativas de éste y contribuyó, de ese modo, al desenvolvimiento de los estudios arábigos, logrando consolidar en España una tradición científica de vida y actividad superiores a las que se mantienen en otras ramas del saber, y aun coordinar el trabajo permanente de generaciones sucesivas, condición necesaria para el arraigo de estos estudios, hasta el punto que, en el terreno donde antes sólo se destacaban plantas efímeras y de escaso desarrollo, malogradas por los celos y pasiones, se ha formado una corriente de estrecha, unida y apretada fraternidad científica, que ha venido a fecundizar el campo sembrado por aquellos insignes varones.

Saavedra desplegó toda su generosa solicitud, no sólo aconsejando y animando, sino también apoyando a todo joven de mérito que mostrara vocación por esas disciplinas: procuraba, no sólo abrirle y facilitarle los caminos para proseguir su iniciación y perfeccionar sus aptitudes, sino ofrecerle y prestarle toda su influencia social y política y las muchas y buenas amistades particulares que mantenía con los hombres de mayor prestigio en España. ¿Cómo ha de extrañar el que los discípulos de la escuela de Codera conserven devota veneración por la memoria de aquel ilustre sabio?

Y he de repetir que, como yo he sido uno de los más fa-

vorecidos personalmente por Saavedra, agradezco con toda mi alma la designación vuestra para que reciba yo una herencia que me es tan cara y tan honrosa.

Para recibirla con algún decoro no me pareció bien venir con las manos vacías: quise ofrecer el más valioso fruto de mi huerto, el trabajo que juzgara más digno de la memoria de tan insigne maestro, el más interesante que he podido encontrar. Sólo me ocurre la duda de que, tal vez por apresuramiento, aún lo traiga un poco verde, sin aquella madurez que yo hubiese deseado. De todos modos, si la mejor ofrenda es aquella que con mejor voluntad se ofrece, ésta se ha llevado toda la mía.

Con el simple enunciado os percataréis de la trascendencia del punto elegido: *HUELLAS, QUE APARECEN EN LOS PRIMITIVOS HISTORIADORES MUSULMANES DE LA PENÍNSULA, DE UNA POESÍA ÉPICA ROMANCEADA QUE DEBIÓ FLORECER EN ANDALUCÍA EN LOS SIGLOS IX Y X*; es decir, un estudio acerca de la infancia de nuestra historia literaria verdaderamente nacional, cuando comenzó nuestra lengua romance a formar una literatura popular genuinamente española.

Al tratar de explicar en un trabajo mío (1) el origen del sistema lírico popular de los moros andaluces, la moaxaha, supuse la necesidad de la existencia de una lírica romance, en la España musulmana, de donde aquél derivase. Esa inferencia la creía yo seriamente fundamentada en los siguientes hechos: el ser, tal sistema, de invención popular y no erudita; el aparecer en tales poesías asuntos europeos, inexplicables por tradición arábiga; y constituir sistema estrófico, extraño completamente a la métrica árabe. Por consiguiente, exigía,

(1) Véanse *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Julián Ribera el día 26 de Mayo de 1912* (Madrid, Maestre), págs. 36 y 37.

para ser explicado, la influencia de una literatura popular indígena mantenida en capas sociales inferiores.

La convicción en mí era completa: pero hube de confesar que tal aseveración no estaba autorizada por testimonios históricos directos que afirmaran la existencia de composiciones poéticas en puro romance (1). Hoy tengo la satisfacción de poder presentar testimonio histórico, de autoridad innegable, que afirma que el poeta que inventó el género, Moeádem el de Cabra (muerto antes del 912 de J. C.), empleó el romance en tales composiciones. El historiador de la literatura árabe-española Abenbassam (2) lo dice terminantemente en su *Addajira* (3). He aquí el texto árabe:

قال ابو الحسن وكان هذا ابو بكر | عبادة بن ماء الصمار (4) في ذلك
العصر | الدولة العامية | والحمودية | (5) شيخ الصناعة وامام الجماعة سلك
الى الشعر مسلكا سهلا فقال له غرائب مرهبا واهلا وكثرت صنعة التوشيح
التي نهج اهل الاندلس كبريبتها ووضعوا حقيقتها غير مرالومة البرود ولا
منكومة العلود فاقام عبادة هذا منادها ومرسلها ومناجها (6) فكانما لم
تسمع بالاندلس الا منه ولا احدث الا عنه واشتهر بها اشتهاها غلب على ذائقه
وذهب بكثير من حسناؤه وهي اوزان كثير استعمال اهل الاندلس لها في
العزل والنسيب (6) تشف على سماعها محونات الجيوب بك القلوب واول من

(1) *Discursos* citados, pág. 36, nota.

(2) Vide, sobre este autor, Pons Boucous, *Historiadores y geógrafos árabe-españoles*, pág. 208. Abenbassam es portugués, de Santarén. En 477 estaba en Lisboa; en 494 fué a Córdoba. Murió en 542 (1147-1148).

(3) Tomo I de la *الكبرى لابن بسام*, códice de la Biblioteca de Paris, folios 121 r.º y 124 v.º, biografía de Abubéquer Obada ben Ma Assamá. El docto escritor tunecino, mi carísimo amigo, Abdelguahab Hasán Husni, que posee otro ejemplar manuscrito de la misma obra, tuvo la dignación y el desprendimiento de enviármelo aquí a España, para que pudiera también aprovecharlo. Señalo las semejanzas y diferencias entre ambos.

(4) Según el códice de Abdelguahab Hasán Husni, de Túnez.

(5) *وهو ميلها وسنادها*.

(6) Siguiendo la lectura del códice de Túnez en que aparece más clara esta palabra.

صنع اوزان هذه الموشحات باقتنا واخترع كريفقتها فيما بلعنى مقدم بن معافى القبرى (1) الضرب وكاف يحنعها على اشكار الاشعار غير ان اكثرها على الاعاريض المهمله غير المستعملة 2 ياخذ اللفق امى 3 والعجمى فيسميه المركز ويضع عليه الموشحة ذوب تضمين (2) فيها ولا اغصان وقبل ان ابن عبد ربه صاحب كتاب العقد اول من سبق الى هذا النوع من الموشحات (4) ثم نشا يوسف بن هارون الرمادى فكان اول من اكثر فيها من التضمين فى المراكز يضمن كل موقف يقف عليه فى المركز خاصة فاستمر ذلك شعراء عذرة كهكرم بن سعيد وابنى ابى الحسن ثم نشا عبادة هذا فاحدث التصغير (5) وذلك انه اعتمد مواضع الوقف فى الاغصان فيضمها كما اعتمد الرمادى مواضع الوقف فى المركز واوزان هذه الموشحات خارجة عن غرض كتابنا هذا اذا اكثرها على غير اعاريض اشعار العرب

El texto transcrito es único entre los conocidos hasta el presente: por sus afirmaciones rotundas y decisivas y por los datos importantísimos, para la historia literaria, que nos proporciona acerca de esta forma poética romance, requiere estudio pormenorizado respecto de multitud de cuestiones, que trataré de realizar algún día; mas para nuestro intento actual basta traducir de él el párrafo siguiente:

«El primero que compuso poesías de la medida o elase de las moaxabas en nuestro país [Andalucía] e inventó ese género, fué Mocádem ben Moafa, el de Cabra, el Ciego, el

(1) El nombre de este poeta aparece en los dos manuscritos incorrectamente y con variantes. Cotejado este pasaje con los similares correspondientes de las obras árabes impresas de ABEN JALDÚN y ABENALQUER (que en este particular coinciden con ABENBASSAM) y con citas de ABENHAYÁN, en su *Almoctabís* (ms. de Oxford) y la biografía que trae ABDALÍ (edición Codera-Ribera), he corregido el nombre del poeta.

(2) Siguiendo la lectura del códice de Túnez en que aparece más clara esta palabra.

(3) En el de Túnez dice العجمى او العجمى, en vez de والعجمى.

(4) Falta en el de Túnez este párrafo, que sigue, de historia literaria, coincidiendo con el de París en las dos últimas líneas.

(5) En el ms. التصغير.

cual las compuso empleando versos cortos (es decir, semejantes a los hemistiquios de la métrica árabe); pero la mayor parte de estas composiciones las hizo en formas métricas descuidadas, sin arte escrupuloso y usando la manera de hablar del vulgo ignaro y LA LENGUA ROMANCE. A esas frases vulgares o romances, llamábalas estribillo (1). Con tales versos cortos [no subdivididos en hemistiquios] componía la moaxaha, sin llegar a [formas perfectas en] la combinación y enlace de las rimas y sin que esos versos fueran realmente elementos orgánicos del conjunto de la estrofa (2).

Se nota en este párrafo el tono despectivo con que este historiador de la literatura española, hombre de reinado clasicismo, nos relata, como cosa despreciable y casi indigna de referirse, un suceso que, para nosotros, tiene importancia inmensa en la historia de nuestra cultura nacional; sin querer, nos proporciona un dato preciosísimo: por una parte, nos señala el origen de un género literario, el de las moaxahas y los zéjeles, genuinamente español, que constituyó luego, por perfecciones sucesivas, un modelo imitado en casi toda la redondez de la tierra: en gran parte de Europa cristiana y en casi toda la extensión del imperio musulmán en la Edad Media (3); por otra, levanta el velo que cubría una incógnita que se iba ya trasluciendo: la existencia de una poesía romance en la España musulmana a fines del siglo ix y principios del x; es decir, que antes de amanecer las literaturas vulgares romanceadas en Europa, aparecía una literatura popular romance aquí en la Península, en el punto en que

(1) Traduzco así la palabra técnica *مركز* autorizado por varias citas de Abencuzmán en que de modo indudable la explican. Zéjeles, XVI, LI y LII de su *Cancionero*. Además esta palabra significa también, en acepción común, *estribillo*.

(2) Sospecho que Abenbassam trasladó esta noticia de una obra de Obada ben Ma Assamú acerca de los poetas españoles. Obada, como perfeccionador del género, explicaría las modificaciones que él introdujo, y Abenbassam debió copiar la explicación en la biografía que dedicó a Obada.

(3) Véase mi citado *Discurso*, pág. 40 y sigs.

menos se podía sospechar: en el centro de la Andalucía musulmana.

Ahora bien: si dentro de la España musulmana en tiempos tan antiguos pudieron coexistir dos literaturas populares, una árabe (como luego demostraré) y otra romanceada, influyéndose mutuamente en la técnica poética y en los asuntos, ¿hay motivo ninguno para que se mantengan las prevenciones tradicionales de los hombres instruidos (1), contra la posible influencia en géneros literarios que tienen un común origen y han vivido juntos como hermanos en una misma casa solariega?

La afirmación de Abenbassam no sólo disipa las dudas que pudieran caber en ese respecto, sino que nos abre las puertas a nuevas direcciones en la investigación histórica. Una de las primeras a que excita la curiosidad es la siguiente: Esa poesía popular romanceada, ¿a qué género pertenece? ¿Fue puramente lírica o fue también épica?

Abenbassam viene a citar esa poesía romanceada como etapa primera de un género esencialmente lírico; no nos autoriza, pues, a afirmar que pudiera existir alguna poesía épica. Sin embargo, la forma torpe, descuidada y popular que nos describe en esas primeras composiciones de Mocádem, nos hace sugerir la idea de que nos hallamos en el período primitivo de una literatura, y es difícil concebir en los princi-

(1) MILÁ Y FONTANALS (en sus *Obras completas*, tomo V, página 278) se pregunta, refiriéndose a los musulmanes de España: ¿Hubo poesía popular narrativa entre los árabes? Todo el saber y agudeza de Schaek (que se atrevió a sostener la existencia de género épico en España musulmana) no alcanzan a descubrirla. Si hubo poesía popular, no fue narrativa; y la narrativa no fue popular.

MENÉNDEZ Y PELAYO, en su *Antología*, II, 70, dice que «en materia épica ninguna persona medianamente culta admite influencia formal». En el tomo I, págs. LVIII y LX expresa convicción parecida en lo artístico.

RENÁN y DOZY se expresaron de modo idéntico. Véase mi *Discurso* citado, pág. 3.

pios de una literatura una separación de géneros poéticos en que se abstraigan o distingan, viviendo apartados, lo lírico y lo épico. En las nacientes literaturas no suele haber tal separación: si el pueblo canta, lo canta todo. Unicamente cuando se llega a desarrollos superiores, es cuando lo lírico se separa de lo épico.

Pero aunque esto parezca verdad indudable (1), no satisface tanto al entendimiento como el certificarse directamente de que la realidad fué así.

¿Y cómo llegar a esa demostración?

Es indudable que el método empleado por nosotros, al inferir la existencia de la lírica, tiene virtualidad, por cuanto ha venido luego la confirmación histórica por medio de testimonio irrecusable. De la existencia de una lírica en lengua árabe, pero popular y genuinamente española, sin precedentes clásicos, inferí entonces la existencia de otra popular romanceada. Apliquemos, pues, ese mismo procedimiento de investigación a la épica. ¿No será prueba evidente de la existencia de una poesía épica romanceada en Andalucía, la existencia real de una épica árabe coetánea escrita en metros vulgares, ajena a la tradición árabe clásica, sobre todo si esas composiciones épicas árabes están informadas por materias o asuntos peculiarmente españoles?

Dozy, muy conocedor de la poesía árabe clásica afirma (2), «que en ella no existe epopeya, ni siquiera poesía narrativa, porque es lírica y descriptiva exclusivamente.» Si, pues, encontramos en la literatura árabe española composiciones épicas o narrativas de sucesos de la historia genuina-

(1) Esto da a entender un maestro de gran autoridad en tales materias: GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, pág. 1. Dice que la épica y la lírica suelen coexistir; y que comienzan confundiéndose; en algunos pueblos no se separan; en la poesía heroica nacional suelen ir mezcladas.

(2) *Histoire des musulmans d'Espagne*. Leyde, Brill, 1861. Tomo I, pág. 13.

mente nacional, habremos de atribuir las a influencias indígenas, a tendencia literaria de los españoles, ya que no pueden explicarse por influencia de la literatura clásica árabe, la cual, según Dozy, no tiene epopeya y es exclusivamente lírica.

Cabalmente ocurre que dos composiciones muy populares de la naciente literatura árabe de España, en el siglo ix, son poemas históricos de carácter esencialmente narrativo o épico: el de Algazal y el de Tenuam ben Aleama. Ninguno de ambos ha tenido la suerte de llegar hasta nosotros, a pesar de haber sido muy divulgados en su tiempo; pero quedan descripciones que, aunque cortas, son lo bastante explícitas para juzgar ahora, con algún conocimiento, de la forma poética y del contenido de ambas. Abenhayán (1) nos dice textualmente:

«El poema de Algazal tuvo por objeto describir la conquista de España por los árabes; está escrito en metro *reche* (2); es largo y de atractivo estético; expone en forma poética la narración de las expediciones guerreras que por entonces se llevaron a cabo, con pormenores minuciosos acerca de las batallas que ocurrieron entre musulmanes y españoles; y se enumera la serie de gobernadores que rigieron a España. El autor realizó una obra perfecta, tratando

(1) Apud ALMACARÍ, I, 178. Algazal, Yahia ben Hacam, poeta cortesano de Abderrahmèn II, ejerció varias veces el oficio de embajador en cortes europeas y hubo de tratar con reyes cristinos. Vide ALMACARÍ, I, 223, 629, 633. Dozy, en sus *Recherches*, II, 269, refiere sus aventuras en la corte normanda. Al regresar pasó dos meses en Santiago de Galicia. Es casi seguro, pues, que poseería el romance, que le habilitaba para esas funciones diplomáticas. Abensaid afirma también (ALMACARÍ, II, 123) que Algazal escribió un poema histórico que fué imitado posteriormente por Abutálíb Elmotanabí, de Alcira, en poema del que se aprovechó luego Abenbassam en su *Addajira*.

(2) El metro *reche* es el más bajo, chabacano, pedestre, sencillo y fácil de la métrica árabe; es casi prosa, el más adecuado para la improvisación y desdeñado por quien se precie algo de poeta instruido.

los sucesos ocurridos en todos sus aspectos. Este poema estuvo muy divulgado.*

El de Temam ben Alcama, según el mismo historiador (1), es un poema célebre, compuesto también en metro *rechez*, cuyo objeto era narrar la conquista de España. Menciona los gobernadores y los califas, y describe sus guerras desde la entrada de Táric hasta los últimos días del emir Abderrahmen II.

Estos informes nos dan la evidencia de que los tales poemas fueron narrativos, bastante extensos, de contenido esencialmente histórico o épico; y, por referencias de otros historiadores, se sabe que en ellos entraron narraciones populares y tradiciones orales españolas (2). Cosa perfectamente explicable y natural: Algazal era, según todos los indicios, de raza española, y Temam, aunque era de familia árabe, se había ca-

(1) Apud *Al-hollato's siyari* de BENALABAR. Vide *Notices sur quelques ms. arabes*, par R. Dozy (Leyde, Brill, 1847-1851) ateniéndose a la autoridad de Abenhayán y Arrazi. Para noticias de Temam ben Alcama, véanse, además del lugar citado, ABENADARI, II, págs. 26 y 75; BENALCUTIA, págs. 101 y 103, y Dozy, *Recherches*, II, 268.

La existencia de una poesía épica árabe popular nos la confirma ABENSAID en su *Almóshib* y ABENELYASÉ en su *Almógrib* (apud ALMACARI, I, 167), los cuales copian una casida que (dicen) recitó Táric ben Ziad contando las conquistas suyas en España. Dice Abensaid: «estos versos se han transcrito por consideración y respeto al que los dijo; pero no porque tuviesen mérito literario alguno».

Habla versos árabes vulgares «en los que los chicos no se equivocaban». ALMACARI, I, 49, refiriéndose a tiempos de Alhacam II.

(2) BENALCUTIA (edición de la R. A. de la Historia, pág. 6) trasladada en su crónica un resumen en prosa de parte de ese poema, en que trata de los hijos de Wliza, de la suerte que les cupo durante varias generaciones, en especial de Sara la Goda y de la descendencia que tuvo por casamientos con nobles árabes, etc.

sado con la hija del Conde cristiano de Andalucía (1), conducido por el que podía enterarse de las tradiciones familiares de algunos linajes godos, cuyos hechos narra.

Este enlace del poeta moro con mujer española de noble estirpe, es de notar, porque explica algunos hechos que serían, sin él, inexplicables. Se concibe que un árabe como Temam se sintiera entusiasmado e inspirado para cantar las gestas de los hombres de su raza, v. gr., las peripecias y aventuras de la venida de Abderrahmen I, en las cuales intervino de modo principal un ascendiente suyo, que lleva su mismo nombre, Temam ben Alcama; pero no es creíble que se le ocurriera presentarnos a un godo, como Artabás, recibiendo ceremoniosamente, como un rey, a los jefes árabes más conspicuos, con Asomáil a la cabeza, tratándolos despectivamente, siendo ellos de la misma raza del poeta; ni sintiera gusto de narrar la entrevista un poco violenta de Artabás con Abderrahmen I, ni aún las aventuras de Sara la Goda y de toda la familia de Witiza (2). El haber incluido esos asuntos en su poema, sólo se puede explicar por mediación de un elemento puramente indígena, es decir, la mujer española con quien el poeta se casó, la cual comunicaría a su marido las leyendas populares tal como corrían entre andaluces que gustasen de recordar las hazañas de la gente de su pueblo.

Resultado: que en los albores de la literatura árabe española, antes de que amaneciesen los primeros ensayos en prosa de la historia nacional, de Abdelmélíc ben Habib, de Benalcutía, etc., nos encontramos dos obras poéticas narrativas, cuya materia había penetrado en ellas por influencia del

(1) Con la hija de Romano, que ejercía la suma autoridad entre cristianos. Véase el *Nócal el Arús* de AMENÚAZAM, publicado por Seybold en la *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada*, y *España Sagrada*, tomo XI, pág. 14.

(2) BENALCUTÍA (pág. 5) alude a estos hechos en la parte de su crónica donde narra, por autoridad de Temam, lo contenido en el poema de éste.

medio español popular y no por la del clasicismo árabe: demostración clara de que la primitiva historia de los musulmanes españoles (1), escrita en lengua árabe, aparece como consecuencia de una fermentación épica popular indígena. No debe sorprendernos, pues, que ambos poemas sean citados por los historiadores posteriores como testimonio de sus narraciones acerca de los tiempos primitivos (2).

Ahora bien; ¿en qué lengua correrían tales narraciones de gestas en aquellos siglos?

Hemos de recordar que la lengua romance nacional era de uso común en toda la España musulmana: usábase de modo corriente en el sur de Andalucía, en el oeste de la Península, en Toledo, en Murcia, en Valencia y en Aragón; hasta fué la lengua ordinaria entre el vulgo, y aun entre la no-

(1) Hemos de insistir, para que no haya confusión en las ideas, o se formen ideas falsas, en que el adjetivo *musulmán* no es sinónimo de *árabe*; es cosa distinta; como el adjetivo *cristiano* no es sinónimo de *judío*, aunque la religión cristiana haya nacido en Judea y fueran de raza judía los apóstoles que la predicaron. Una cosa es la religión; otra, la raza.

(2) Además de los dos mencionados poemas se podría citar una multitud de otros de tiempos posteriores; pero la mayoría de ellos, incluidos ya por el pedantismo elasicista, como los de Ahmed ben Abderrábihi no conservan la sencillez y naturalidad de forma de los primitivos.

En tiempos de Almanzor, sin embargo, hubo de haber extraordinario florecimiento de poesía épica y guerrera. Acompañante en sus expediciones una nube de poetas asalariados con el fin de contar y celebrar sus hazañas, y entre ellos los había de todo género, desde el más elevado e instruido, hasta el poeta chabacano y popular. Los historiadores recuerdan especialmente que en la expedición a Santiago de Galicia, hubo poetas que contaron en verso todas las hazañas guerreras en ella ocurridas, desde el principio de la expedición hasta el fin, sucesos, batallas, etc., etc. *Almanzor*, pág. 149.

bleza, en la propia capital del reino, donde estaban los musulmanes más instruídos (1).

Hay que pensar, además, que la lengua árabe no pudo

(1) Como la extensión del uso del romance en la España musulmana es fundamento y arranque de estos estudios, conviene acumular cuantas autoridades se encuentren, aun las menos expresivas, de fenómeno social de tanto interés. Aunque el docto Simonet le dedicó un magistral estudio (en su *Glosario*) y yo le haya tratado varias veces (véanse mi traducción de *Atloxant*, *Historia de los jueces de Córdoba*, Madrid, Maestre, 1914, pág. xx, y mi *Discurso*, ya citado, pág. 19 y sigs.) conviene insistir presentando nuevos testimonios.

Acerea de Toledo se conserva una anécdota en ABENPASCUAL (biog. 281). A un austero y prestigioso misionero musulmán toledano del siglo xi se le consultó acerca de los que no sabían hablar el árabe. El contestó: «Si pronunciáis bien vuestras obras, no os perjudicará [a vuestra salud espiritual] la lengua que habléis.» Esto indica, por lo menos, que allí el árabe no era hablado por todos. ¿Qué lengua hablaban? La *Primera crónica general* (publicada por R. MENÉNDEZ PIDAL, pág. 632, 2.^a col., Madrid, 1903) dice del salio toledano Alguacaxi que era tan ladino que semeía bu cristiano. Indicio al menos de que en Toledo se hablaba el romance.

Respecto de Murcia he podido encontrar dos testimonios claros que se completan. BENALCORTA (edición citada, pág. 109) cuenta que al presentarse el ejército de Abdala ante la capital de Daysam ben Ishaq (fines del siglo ix, principios del x) el pueblo gritó, en el dialecto de aquella tierra, pidiendo paz. (Para asegurar me del significado de la frase que traduzco, la he comparado con otras similares que no dejan duda, v. gr., ALMACARÍ, II, 751, refiriéndose a uno de Barbastro; ALMACARÍ, II, 675, refiriéndose a un bereber; ALMACARÍ, I, 270, refiriéndose a romance gallego; ALMACARÍ, I, 170, refiriéndose a romance español indudablemente, y el falso ABENCOTAIBA, 186, edición de BENALCORTA de la Real Academia de la Historia.)

¿Ese dialecto de Murcia es árabe o romance?

ABENSUDA, sabio murciano del siglo xi, en el prólogo de su gran diccionario *Atmojásis* (publicado en El Cairo, tomo I, pág. 14 dice, disculpándose de los yerros que podía cometer en su obra

ser popular entre el elemento indígena español, sino después de varios siglos de influencia, y aun reducida quizá a ciertas clases y en contadas comarcas o poblaciones. Para la gente latina, el aprendizaje de la lengua árabe ha debido

como los han cometido otros filólogos: «y ¿cómo no he de cometerlo yo, si escribo en tiempos tan alejados [de aquellos en que la lengua árabe se hablaba con pureza] y teniendo que *vivir familiarmente con personas que hablan en romance?*»

En Murcia, pues, se habla el romance en el siglo xi y ese es el dialecto al que se referiría el texto de BENALCUTIA, en el siglo ix o principios del x. Así se explica que en tiempos de Alfonso el Sabio, un filósofo de Ricote enseñara a moros, judíos y cristianos en la propia lengua de éstos. Véase mi discurso acerca de *La enseñanza entre los musulmanes españoles*, pág. 19.)

Respecto de Aragón, véase lo dicho en el *Catálogo de los manuscritos árabes y alfamiados de la Junta*, págs. xxi y siguientes. Los musulmanes aragoneses debieron hablar romance en todo tiempo. Así no es de extrañar que en el ejército de Abenhud Almoctádir hubiese campeón musulmán aragonés que supiese la lengua de los cristianos aragoneses hasta el punto de poder penetrar en la tienda del rey de Aragón sin ser notado. (Dozy, *Recherches*, II, 242, 3.^a edición.)

Respecto de Portugal casi es inútil buscar pruebas, considerando que esa región ha vivido más apartada de las influencias árabes que Aragón, Valencia y Murcia; pero es curiosa anécdota la que se nos refiere en el *Manuscrito del Museo Jaldani*, fol. 2 v.^o, en que aparece un sabio portugués de Santarém hablando en romance dentro de la Aljama de Córdoba. Transcribo entera la anécdota, no sólo por ser inédita, sino porque en la frase árabe, que traduce la romance, aparecen indicios de que ésta debió ser un adagio popular rimado:

وأخبرني محمد بن فرج قال كنت جالسا مع أبي الخيار الشنبردي في
المسجد الجامع بفركبة وكان أبو الخيار من عدد الفقهاء المشاورين فنكر إلى
كثرة الواردية إلى أبي محمد بن دحون وسرعة إقبال الخصوم من عنده
فقال أبو الخيار جاز كاف وساكور فأكعب بقكعب مفدلا وغير مفكف قبلع
ذلك أبا محمد بن دحون فقال بالعيبك بقولها وقالها بالعجمية

Nótese que en árabe resultan dos frases asonantadas y dos

tener siempre las mismas dificultades que ahora; no nos forjemos fantasmas: los españoles de entonces pudieron convertirse al islamismo, porque no era preciso aprender el árabe para hacerse musulmán (1), y el milagro de aprenderla por simple infusión o mero deseo, no es de pensar que aconteciera.

Leyendo cuidadosamente las biografías de sabios musulmanes españoles, nótase una insistente y repetida ponderación del mérito de aquellos ulemas españoles que pudieron ostentar el saber la lengua de los árabes (2). Se ve que tenían

consonantes: *Cortador incisivo, que resuelve decisivo; decide lo sutil y lo que es insoluble.*

Respecto de Córdoba, véase *Historia de los jueces de Córdoba*, págs. xx y sigs.

Respecto de Málaga, Valencia, Aragón, etc., véase también *Glosario de SIMONET*, las autoridades de Abenohólchol, Abenbularis, Abenalbaitar, etc., págs. ix y sigs.

Lo que AMADOR DE LOS RÍOS dice en su *Historia de la Literatura española*, II, 74, acerca de prohibición de hablar en latín, es una falsedad: no tiene fundamento alguno.

(1) Habría muchos musulmanes que no sabrían rezar en árabe. El teólogo Abenházam dice de sí mismo que a los veintisiete años aún no había aprendido las prácticas del rezo en la mezquita.

(2) Los árabes no gustaban de encerrarse en ciudades. Dozy, *Recherches*, I, 295. A esto quizá obedezca el que en las grandes poblaciones se conservara mucho tiempo el romance. De los dialectos árabes, apenas se habla. Sábese que en Silves se hablaba un árabe muy puro por haber sido habitado por árabes yemeníes. Véase EDRISSÍ, pág. 179; YACUT, IV, 312; CAZWÍNÍ, II, 364.

Citas acerca de la ponderación del saber árabe podríamos presentar muchísimas. Sólo pondremos algunas más calificadas. ABENADADÍ, II, 357 y otros historiadores dicen del monarca Abdala que sabía explicarse muy bien en árabe. AMSSAFÍ, en su *Tabacut al omam*, pág. 74, dice de un astrónomo «que se había aplicado a estudiar la lengua árabe algún tiempo en Toledo» (murió en 454 = 1062). ALFARADÍ, biog. 1717, deja entrever que el saber árabe gramaticalmente era de hombres muy instruidos. Elbarra-

que aprenderla artificiosamente; y escuelas bien organizadas no las hubo hasta muy tarde. Así se explica el que en Andalucía viviesen muchísimos musulmanes que no supieran hablar más que en romance (1), aunque supiesen leer el árabe y traducirle como ocurre hoy a muchos orientalistas europeos.

Hay que advertir, además, que el hecho de saber el árabe corriente no habilita para entender las composiciones poéticas (2). En ninguna lengua del mundo se dará tal vez el fenómeno de la diferencia tan sensible entre la lengua vulgar y la poética. El conocimiento ordinario de la lengua árabe no basta para la inteligencia de los versos compuestos por los poetas contemporáneos, mucho menos para entender los clásicos anteislámicos. Este último constituía el grado más elevado de la cultura literaria, extraordinaria habilidad que sólo rarísimos literatos españoles alcanzaron.

Tales consideraciones deben tenerse presentes para resol-

ni, hijo del médico de cámara de Alhaquem II (que murió en 442-1050), dice el *Manuscrito del Museo Jalilani*, fol. 55, «era sabio en la lengua de los árabes», y de un sevillano distinguido (que murió en 401-1010) recuerda que no sabía pronunciar el árabe y se encerró algunos meses, en edad avanzada, para corregir su mala pronunciación. ABENPASCAL (biog. 371) refiere de un pedagogo que enseñaba sin saber él leer ni escribir el árabe. Era de Córdoba y murió en Mallorca, año 417.

(1) ALJOXANI refiere que en tiempos de Abulrahman III había en Córdoba señores de alta posición social y política que eran exclusivamente aljamiados, es decir, que sólo sabían hablar en romance. Vide mi traducción de la *Historia de los jueces de Córdoba*, págs. 227 y 233.

(2) La inteligencia de los versos no era un saber común. ALFARABI, biogs. 1223 y 1446, pondera como mérito especial de los biografiados el *entender el sentido de los versos*. ABENPASCAL, biografía 751, dice del biografiado que «sabía recitar versos y se sospecha que los entendía». En la *Tamila*, biog. 830, se pondera, como extraordinaria habilidad, la de comprender todo lo que se dice en la *Colección de los seis poetas (anteislámicos)*. ABENPASCAL, en la biog. 406, dice que el biografiado «sabía el sentido de los versos anteislámicos».

ver el problema de la lengua en que correrían en España las muchas leyendas populares que aparecen en los historiadores árabes primitivos de la península.

Algunos de ellos confiesan paladinamente que han tenido que aprovechar, para escribir sus libros históricos, no sólo las obras y crónicas que trataban de la historia antigua de la Península, las cuales es de creer que estuviesen en latín (1), sino que dicen taxativamente que trasladan consejas populares referidas por *narradores aljamiados*, las cuales evidentemente habían de estar en romance (2).

(1) DOZY, en sus *Recherches*, I, 86, cree que Abenhayán utilizó historias cristianas, hoy perdidas, para su relato de la historia antigua de León.

ALMACARÍ, I, 85 y 86, cita a sabios latinos (عجم), como testimonio para los tiempos de la España primitiva. El mismo, tratando de romanos, cristianos y godos en tiempos anteriores a la época árabe, cita *crónicas latinas antiguas* (تواريخ العجم القديمة).

ABENADABÍ, II, 11, cita la obra *بهجة النظم* y dice que su autor había visto *algunos libros de los acham* (refiriéndose a noticias de Francia, Navarra y Galicia). El mismo ABENADABÍ, II, 4, cita *libros latinos* que referían noticias de que Rodrigo no era de casa real, de la apertura de la casa en Toledo, de la Mesa, etc.

(2) Es casi seguro que muchas leyendas locales debían correr romanceadas. Algunas de ellas no pasaron a autores árabes, porque, como dice ALMACARÍ, I, 140, «sería demasiado prolijo enumerarlas».

ABENHAYÁN, en su *Almoctabís* apud ALMACARÍ, I, 88, cita a los *narradores aljamiados* (رواة العجم) (distintos de los historiadores y libros) como autoridad para la leyenda del rey Hispán con el personaje mítico de los musulmanes Aljádír, (الكحضر); y en otro lugar (ALMACARÍ, I, 172), los cita para explicar lo de la Mesa. A ellos también se referirá en otros pasajes (ALMACARÍ, I, 160) respecto a la leyenda local acerca del Palacio de Rodrigo en Córdoba, de formación popular seguramente, y para explicar de modo menos fantástico la leyenda de la Mesa (ALMACARÍ, I, 183). Véase sobre *narradores históricos* que no saben árabe, *Historia de los jueces de Córdoba*, pág. xii, nota.

La palabra عجم en la historia de España se ha traducido al-

Realmente son muchos los rastros de lengua romance que aparecen en los mismos historiadores árabes para que puedan ocurrir dudas en este respecto (1).

En la historia de los primeros tiempos, cuando la falta de personas instruidas entre las gentes árabes aquí vecindadas, hacía difícil que hubiese narraciones genuinamente árabes, se encuentran multitud de consejas, leyendas, relatos históricos de asunto puramente español, los cuales han constituido el fondo de la historia primitiva. Si de aquellos tiempos sólo se hubiesen conservado las narraciones históricas hechas por individuos de raza árabe, como las de *Ajbar Machmúa*, apenas sabríamos nada del elemento español, desdeñado por ellos. Sin embargo, la suerte ha querido que esas narraciones populares se conservaran por narradores e historiadores indígenas, las cuales, por el simple hecho de ser populares y de aquel tiempo, llevan consigo el sello de la lengua

guna vez por cristianos. No es exacta la traducción. Comprende no solo cristianos, sino musulmanes que hablen lengua no árabe. Véase *Al hollato's siyará*, pág. 46.

Entre los narradores aljamiados debía correr esa literatura popular andaluza romanceada, sobre todo entre mujeres. ABENBÁZAM, en su *Quitab alfisal*, I, 218, cita despectivamente «las consejas que las mujeres cuentan en las veladas cuando están hilando». Y el mismo autor nos dice en otro lugar que las mujeres andaluzas hablan en romance. Véase mi *Discurso*, pág. 23.

(1) Es frecuente encontrar en las narraciones árabes palabras romances que se han traducido. ALPARADI, pág. 217, dice de un fuqul que se llamaba *القوس بالجمجمة*, *Táric alfars* en romance, es decir, que se llamaba *Deja el Caballo*. ABENPASCUAL nos dice que el apodo *Arramali*, con el que es conocido tan célebre poeta, es traducción árabe del apodo romance que tenía, *Abu chenisa*, es decir, *el de la Ceniza*. Hasta personas de raza árabe usaban nombres romances: un juez de Córdoba, cuyo apellido árabe dan las crónicas, era conocido vulgarmente por *Yoanes*. En ALJOXANI son bastantes las narraciones que evidentemente corrian en romance. Vide mi Prólogo a la *Historia de los jueces de Córdoba*.

en que se transmitían. Son muchísimas y se prestan a estudio pormenorizado, imposible de exponer en un discurso. Hoy sólo debo hacer un intento de clasificación provisional del sinnúmero de leyendas o asuntos poetizados que aparecen en los historiadores, para señalar cuáles se han de suponer narradas o escritas en lengua árabe, cuáles en latín y cuáles en romance.

Las leyendas formadas sobre sucesos cercanos al tiempo de la conquista, en los que se mezclan relatos maravillosos o ponderaciones exageradas, como aquellas en que aparece Muza, bien contando hazañas estupendas, o bien rodeado o acompañado de multitud de reyes con ses coronas, cargado de inimaginables riquezas, o en las que se refieren aventuras fabulosas en que salgan diablos en cajas de azofar, o se acuda a sueños, profecías, adivinaciones, talismanes, etc., y hasta intervenciones taumatúrgicas, tales leyendas que constituyen un género popular de literatura árabe, llamado *fol-tahat* o conquistas, es probable que estuviesen en lengua arábiga, porque se han formado casi todas en Oriente o por personas que sentían aún las influencias orientales (1). Por eso han pasado a las colecciones de cuentos de las *Mil y una noches* (2).

(1) Al afirmar la influencia oriental, no afirmo que sea invención árabe. De los árabes dice Dozy que «si en su literatura aparece un cuento fantástico, es una traducción. Los cuentos de hadas.... son persas o indios....; los árabes nada han inventado de grande ni fecundo». *Histoire*, I, 14.

Dozy y MENÉNDEZ PELAYO vieron con claridad la distinción entre las leyendas históricas orientales y las españolas. Véase tomo VII, pág. xxvii de las *Obras de Lope de Vega*. Madrid, 1897.

(2) Muchas de ellas aparecen en el falso ABENCOTABA (que publicó Gayangos, como suplemento a la Crónica de BENALGUTIA, edición de la Ac. de la Hist.) Véase ALMACARÍ, I, 163 y 164, y en *Alif Leila qua Leila* (edición del Cairo), II, 84, la relación de lo de la casa de Toledo en que se ponen los cerrojos, de la Mesa de Salomón, etc.; y III, 42, en que se encuentra la leyenda de la *Ciudad del cobre*. CAZWINT (edición Wüstenfeld), II, 375, inserta la descripción de Toledo con alusión a esas leyendas.

Las narraciones de las hazañas de los árabes que vinieron a la península, v. gr., la historia de la venida de Abderrahmen I, comenzando por los apuros que pasó en Oriente para librarse y huir de la persecución, siguiendo las peripecias de su viaje y estancia por Africa hasta su llegada y proclamación en la Península, conserva huellas evidentes de haber sido poetizada por persona algo erudita, letrada y entendida en lengua árabe (1).

Lo mismo se puede decir de la descripción de las hazañas de Abderrahmen I en Andalucía, algunas de las cuales por lo teatrales y aparatosas denuncian la intervención de un vate instruido y, por consiguiente, estaría escrita en árabe.

Lo propio ocurre con las gestas caballerescas de Táríc y Muza, en que se insertan los discursos que pronuncian, las cartas que escriben, etc.: son alteración de las tradiciones primitivas, redactada por persona que desea lucir su inventiva retórica intercalando en la narración documentos literarios (2).

Aun las leyendas acerca de D. Rodrigo, en que este rey aparece en las batallas vestido a la oriental sobre trono adornado de piedras preciosas, etc., tienen el sello de la literatura legendaria de Oriente que correría en árabe.

Pero hay multitud de leyendas y narraciones más humanas, más veraces y realistas, genuinamente españolas, eruditas o populares, que no es posible se hallaran primitivamente

(1) Hay chistes de palabra en la narración, que dan a entender que es persona muy familiarizada en la lengua árabe. Quizá el mismo poeta Temam, descendiente del personaje del mismo nombre que intervino en los sucesos. Ese autor se permite inventar incidentes novelescos para dar interés a sus relaciones históricas. Véase una relación de Temam en *DOZY, Recherches*, II, 271, contando la embajada de Algazal, en la que aparecen pormenores legendarios de la conducta de Abdelaziz y Egilona: la puerta baja para obligar a reverencia.

(2) Véase el falso ABENCOTABA, publicado tras de la crónica de BENALCOTIA, por la Real Academia de la Historia, pag. 120 y siguientes.

en árabe. Las eruditas es de suponer que estuviesen escritas en latín por el clero cristiano o por autores latinos, tales como las referentes al traje de Adán, la vara de Moisés, el jacinto de Alejandro, y las reminiscencias de tradiciones acerca de la vieja ciudad de Toledo, del estrecho de Gibraltar, de los ídolos de Cádiz y Galicia, como otros relatos de historia antigua romana y griega de la Península y de los monumentos que de estas civilizaciones en ella se conservaban. Todas éstas, aunque pudieran suponerse transmitidas en romance para que figuraran en historias árabes (ya que los historiadores de esa raza no supieron el latín) (1), hay que sospechar que no andarían romanceadas en boca del vulgo.

Hay ciertas narraciones ante las cuales el ánimo comienza ya a dudar de si estaban en árabe, en latín o en romance: me refiero a las historietas populares acerca de personajes españoles o godos, v. gr., las de los hijos de Witiza y sus descendientes; las de la vida conyugal de Abdelaziz con Égilona y la muerte de aquél; la de las hazañas de Teodomiro (2) en Oríhuela, y algunas de D. Rodrigo. Es de suponer que corrieran en romance; pero como se mezclan en ellas intereses de familias que luego se arabizaron, puede admitirse alguna sombra de recelo, aunque poco justificado.

Mas aquellas que fueron forjadas por musulmanes españoles nacionalistas, los cuales por el hecho de ser musulmanes no conservaban cariño alguno a la lengua litúrgica de la religión por ellos abandonada y escarnecida, y por ser nacionalistas se afiliaban a sectas antiárabes y gustaban especialmente del idioma nacional, de esas, digo, se puede afir-

(1) Hasta el historiador Abenbázam, que por sus conocimientos y erudición cristiana sugiere la idea de que sabría latín, estudiado atentamente se ve que no lo sabía, aunque supiera el romance. Debo esta indicación al amigo Asín, que ha estudiado este autor muy a fondo.

(2) Dozy, *Recherches*, I, 50, insinúa que le parece sospechoso el relato poetizado de las hazañas de Teodomiro; pero no insiste y hasta llega a aceptarlo como histórico.

mar que nacerían y correrían seguramente en romance (1).

A estas sectas antiárabes solían pertenecer la mayor parte de los ascetas nacidos y educados en la Península. Aljoxaní trae algunas, especialmente la del juez Abenbaxir con el ermitaño, en la cual aparecen paralelismos de frase que inspiran la sospecha de haber sido poetizada en verso (2).

Una de las narraciones más típicas en que mejor se refleja el espíritu nacionalista de esos hombres devotos, encariñados con las tradiciones nacionales, y que supieron hermanar esos cariños con las doctrinas ascéticas cristianas, manteniendo el espíritu antiárabe dentro del más severo islamismo (3), cosas que a primera vista parecen contradictorias, es la leyenda de la GENEROSIDAD DE ARTABÁS. Nos la refiere Benalcutfa, que es el historiador que por tradiciones familiares se muestra más aficionado a referir esas narraciones populares españolas. Dice (4):

(1) Lo mismo podemos decir de muchas leyendas locales de la Península que los historiadores árabes mencionan, v. gr., las que cita ALMACARÍ, I, 121 y 125. En la página 140 alude a leyendas locales españolas «que sería prolijo enumerar». Formadas éstas por el pueblo, que no sabía árabe ni latín, debían de estar narradas en romance. En España debió pasar algo parecido a lo que ocurrió en Persia. El árabe fué la lengua oficial de la diplomacia, de la filosofía, de las ciencias, etc.; pero no pudo ser lengua popular en los primeros tiempos. Vide *A Literary History of Persia, from Firdausi to Sa'idi*, por EDWARD G. BROWSE. London, Fisher Unwin, 1906.

(2) Véase mi traducción *Historia de los jueces de Córdoba*, página 64. Asís, en su *Abenmasarra*, pág. 142, tradujo otra versión que coincide esencialmente con la de Aljoxaní.

(3) De algunos de estos ascetas se dice que escribían mal el árabe, aunque sabían muchas historietas, como de Abenazarrad, el cual era de raza española y no árabe (ALFARADÍ, biog. 1163), o que no sabían el árabe, como Abenguadah, y sabían multitud de historias (ALFARADÍ, biog. 1134).

(4) Página 38 de la edición citada.

«Contaba el maestro Abenlohaba (1), Dios le haya perdonado, según versión recibida de otros ancianos, algunos de los cuales vivieron en tiempo de Artabás, que éste [descendiente de Wiliza] era uno de los hombres más sagaces y astutos para manejarse bien en los asuntos mundanos. En cierta ocasión fueron a visitarle Abuotmán, Abdala ben Jálid, Abuabda, Yúsus ben Bojl y Asomáil ben Hátim [es decir, la plana mayor de los árabes]. Saludáronle y se sentaron en sendos sillones alrededor del trono en que Artabás se hallaba sentado. Apenas comenzada la conversación y hechos los primeros cumplimientos, hete ahí que se presenta Maimún, el siervo de Dios, abuelo de los Beniházam, es decir, los porteros [del palacio real de Córdoba]. Este Maimún era cliente siríaco [es decir, no era de raza árabe] (2). Artabás, al ver que Maimún entraba en su casa, levantóse para salirle al encuentro, le abrazó y le invitó a que se sentara en el trono que acababa de dejar, el cual estaba ricamente chapado de oro y plata. El santo varón rehusó diciendo: «Ah, no; no me es lícito ocupar un sillón como ese», e inmediatamente sentóse en el suelo. Entonces Artabás sentóse en el suelo al lado de Maimún y le dijo: «¿A qué se debe que un hombre [de tanto prestigio] como vos venga a visitar a uno [que es cristiano] como yo?» Maimún le contestó lo siguiente: «Como nosotros, al venir a este país, no pensábamos que nuestra estancia en él había de ser muy larga, no dispusimos las cosas para permanecer aquí; pero como allá en Oriente se han amotinado contra los clientes nuestros, cosa que no podíamos imaginar, ya hemos renunciado a volver a nuestro país. Dios te ha colmado de riquezas. Quisiera que me diceses una de tus heredades para cultivarla con mis propias manos; te pagaré lo que corresponda y tomaré lo que de derecho estricto deba ser para mí.»

(1) Sabio español que no era de raza árabe. Lo afirma ALFA-
RADI, biog. 1187.

(2) Los clientes no son árabes. Véase la autoridad de Cháhíd
en *Abenmasarra*, de Asís, pág. 30.

Artabás le replicó: «Ah, no, por Dios, yo no quedaría satisfecho dándoos una granja en contrato de medias.» Ordenó que llamasen a su administrador y le dijo: «Entrega a este señor Maimún la granja del Gnadajoz, con todas las vacas caballerías y esclavos que en ella hay; dale, además, el castillo [que está en la provincia] de Jaén.» Era un castillo que se conoce ahora por El Castillo de Házam, su poseedor.....

Maimún, después de darle las gracias, se marchó, y Artabás volvió inmediatamente a ocupar su trono.

Díjole entonces Assomáil. «Nada te ha hecho incapaz de ejercer el imperio que ejerció tu padre, si no es la irreflexión de tu conducta. Vengo yo a visitarte, siendo como soy el jefe de los árabes de España, acompañado de mis amigos, que son los personajes de más viso entre los clientes, y tú no nos guardas más atención que la de darnos asiento en estos sillones de madera, mientras que a ese miserable que entró hace un momento le tratas con la generosidad espléndida que has mostrado.»

Artabás le contestó: «Oh, Abuchauxán, qué verdad es lo que me han contado los hombres de tu religión, que en ti no ha penetrado la cultura. Si fueras algo instruído no hubieras desaprobado la obra piadosa que acabo de hacer, tratándose de la persona a quien la he hecho. (Efectivamente, Assomáil era un ignorante que no sabía leer ni escribir.) A vosotros, a quien Dios trate generosamente, sólo os honran porque sois poderosos y ricos, mientras que a ese únicamente por amor a Dios le he tratado con generosidad. De [Jesús] el Mesías, a quien Dios bendiga y salve, me han contado que dijo:

«Aquel de sus siervos, a quien Dios favorece, debe hacer partícipes a todas las criaturas.»

Assomáil [al oír esto] quedóse como si le hubieran hecho tragar una piedra.

Sus compañeros dijeron entonces: «Artabás, no hagas caso de éste; aliende a nuestro propósito, que es el mismo de ese hombre que ha venido a buscarte y con quien tan generoso te has mostrado.»

El contestó: «Vosotros sois sujetos tan principales, que para dejaros satisfechos se os ha de dar mucho.»

Y les dió cien aldeas, diez para cada uno: entre ellas, Torrox fué para Abuotmán; Alfontín, para Abdala ben Jálid; y la Heredad de los olivos, en Almodóvar, para Assomáil ben Hátim.»

Esta narración está forjada por alguien que pertenecía al partido nacionalista español. El godo Artabás aparece en ella como un gran señor o monarca a quien los árabes más poderosos se rebajan a implorar un don, y él se digna concederles feudos o propiedades suyas (1). Artabás, español, echa en cara al jefe de los árabes su falta de cultura o ignorancia, sostiene doctrinas democráticas y cita doctrinas evangélicas, como normas superiores a las profesadas por los jefes árabes.

Estos pormenores, al pronto, podrían sugerir la idea de que fuese cristiano el narrador, ya que se cita un texto de Jesús (2) puesto en boca de Artabás; pero nótese que Artabás se cree, por el hecho de ser él cristiano, un sujeto despreciable ante un asceta musulmán, y toma actitudes humildes, hasta sentándose en el suelo a su lado.

La historieta, pues, no podría ser simpática a los árabes dominadores ni a los cristianos sometidos; sólo podría correr entre musulmanes nacionalistas, los cuales, por serlo, presentan a Artabás, español, como superior en cultura, en educación y en generosidad a los jefes árabes; y, al cristiano, como ser despreciable que debe humillarse ante un asceta musulmán.

A esta clase de narraciones de ascetas pertenecen muchas leyendas populares: unas con argumento evidentemente político o nacionalista, v. gr., la leyenda del rey Hispán, en que se trata de explicar los orígenes de la nacionalidad española, haciendo intervenir en ella a un personaje mítico musul-

(1) Por eso los historiadores árabes dicen que de Artabás se contaban historias propias de un rey اخبار ملوكية. Véase ALMACARÍ, I, 169.

(2) Citar doctrina evangélica y aun seguirla, es propio de ascetas musulmanes. Véase *Abenmasarra y su escuela*, ASÍN, pág. 14.

mán, Aljádír, *الجزر*). En la versión árabe que ha llegado a nosotros, este personaje habla rimando las frases, indicio de la forma poética primitiva romance de la conseja (1). Otras son meramente religiosas o morales que abundan en los libros ascéticos, y ofrecen materia de largo estudio, que está por hacer (2).

El mero hecho de que una leyenda sea popular en Andalucía en el siglo IX, ya es bastante motivo para sospechar que corriera romanceada, sobre todo si el medio era cristiano.

Como ejemplo de historieta popular poetizada con vehementes indicios de haber sido compuesta en verso romanceado y formando pieza independiente que se ha incrustado en la obra de Benalcutía, es la que podemos titular *EL PRIMER CONDE DE ANDALUCÍA*.

Dice Benalcutía (3):

«Entre los sucesos que se cuentan de Artabás está el siguiente.

Abderrahmen I se incautó de las aldeas que pertenecían al señorío de Artabás. Movióle a esta determinación el haber curioseado la tienda de campaña de éste, cierto día en que ambos iban de expedición guerrera, y haber visto multitud de regalos que le ofrecían los vasallos en todas las paradas que hacían (o campamentos) dentro de sus posesiones. Esto causó envidia a Abderrahmen. Resultado: que le fueron arrebatadas las posesiones a Artabás.

Tuvo entonces éste que refugiarse en casa de los hijos de su hermano, hasta que al fin llegó a la miseria. Dirigió-

(1) Es una de las que evidentemente corrieron romanceadas entre los musulmanes de España, pues ABENHAJÁN, en su *Almocatibis* (apud ALMACARÍ, I, 88 v), declara que se le comunicaron *narradores aljamiados* *رواة الجمل*.

(2) Así prepara un estudio en que aparecen muchas leyendas religiosas musulmanas que se introdujeron disfrazadamente en la Europa de la Edad Media.

(3) Pág. 36 y sigs.

se a Córdoba y se presentó al canciller Abenbojt para decirle (1):

«Pido permiso al Emir (e. v. g. D.) para que yo pueda verlo;
Pues vengo a despedirme de él.»

Concedióle el permiso; hizo que lo introdujeran a su presencia; notó que iba andrajosamente vestido, y los dos trabaron este diálogo:

«¡Oh, Artabás! ¿Qué te trae por aquí?
—Tú me has traído aquí:
Te has interpuesto entre mí y las albas mías
Faltando a los tratados que tus abuelos hicieron conmigo,
Sin culpa que autorice a proceder contra mí.
—¿Qué es eso que quieres despedirte de mí?
Supongo que querrás marcharte a Roma.
—¡Ca! no, al contrario,
He sabido que tú quieres marcharte a Siria.
—¿Quién dejará que yo vuelva a ella,
Si me sacaron violentamente de ella?
—Esta posición que tú ocupas,
Quieres que la reciban cómodamente tus hijos tras de ti,
O quieres desarreglarla,
Cuando estaba bien dispuesta y ordenada.
—No, por Dios, yo no quiero
Sino arreglar las cosas en favor mío y de mis hijos.
—Atiende, pues, al asunto de que vengo a tratar.»

Inmediatamente denunció Artabás al Emir, con franqueza y sin ambages ni rodeos, todas aquellas cosas por las que el pueblo estaba disgustado. Abderrahmen I quedó tan satisfecho y agradecido, que ordenó le fueran devueltas veinte de las aldeas confiscadas, le obsequió con espléndidos vesti-

(1) Al traducir la historietta he creído deber distinguir en el texto dos partes: una narrativa, en que el historiador árabe parece que extracta sin atenerse literalmente a la narración poética romance primitiva; otra, la dialogada, en que presumo que va calcando las frases sin extractar. Esta distinción quizá nos pueda servir para el estudio de la forma poética, el cual trataremos de hacer en otro trabajo posterior.

dos y regalos, y le concedió la dignidad de Conde. ESTE FUÉ EL PRIMER CONDE DE ANDALUCÍA.»

Esta narración tiene todas las trazas de estar formada sobre historieta popular en verso. Es popular la explicación de la causa que Abderrahmen tuvo para quitarle los señorios a Artabás: la envidia por los regalos; es popular lo de presentarse en palacio andrajosamente vestido; es popular la forma dialogada y el tratarse ambos como dos majestades. Hasta se transparenta en la prosa árabe la forma poética primitiva llena de paralelismos de ideas y frases propias de la poesía (1).

El relato es imposible que lo concibiera y escribiese un árabe; ha de ser un español, cristiano andaluz, partidario de la jerarquía goda, que lo compusiera con el intento de explicar un *hecho político* de trascendencia para el pueblo cristiano andaluz: la fundación del condado de Andalucía. Ese es evidentemente el propósito de la historieta (2).

Pero el relato que, entre los que he comenzado a estudiar, es el más interesante y más típico de aquella épica popular y más significativo, por intervenir, como figuras principales, hombres que ni son árabes ni cristianos, sino musulmanes españoles, es el siguiente (3):

(1) Recuérdense, v. gr., los paralelismos de frase en la conversación de Antígono e Ismena en el drama de Esquilo *Los siete deante de Tebas*, después de la muerte de Eteocles y Polinice.

(2) Esta dignidad de Conde de Andalucía subsistió mucho tiempo. En el reinado de Alhaquem II aún subsistía. Vide en ARJOXANI la cita de dos condes, Rebia y Chidmir. Dozy, *Hist.*, II, 267 y sigs. a Servando, siguiendo a ABENHAYÁN en su *Almoctabis*, folio 70. SIMONET, *Mozárabes*, 111, a Romano, etc.

(3) Los hay más extensos y de asunto y procedencia variados, v. gr., el que puedé titularse *El convite sangriento*, historieta toledana (BENALCUTTA, pág. 45 y sigs., y Dozy, *Histoire*, II, 63 y siguientes), que es de sentido nacionalista también; los hay vulgarísimos y pedestres, como la narración de una expedición gue-

«Muza ben Muza [rey de Zaragoza] reclutó ejército y se fué en busca de Izrac ben Mont (o Montell), señor de Guadaluajara y de su región fronteriza. Este Izrac vivía sometido a los califas de Córdoba por tradición heredada de sus antepasados. Era uno de los hombres más hermosos [de Andalucía].

Cuando Muza ben Muza plantó los reales frente a Guadaluajara e Izrac se puso en movimiento para combatirle, envió aquél un mensajero que le dijera a éste:

«¡Oh Izrac! No he venido a combatirte;
Sólo he venido a casarte;
Tengo una hija muy hermosa;
No hay en Andalucía otra más hermosa;
Tengo intención de no casarla,
Sino con el joven más hermoso de Andalucía:
Eso eres tú.»

Izrac aceptó el ofrecimiento y autorizó las capitulaciones matrimoniales; en vista de lo cual Muza ben Muza dió la vuelta a su provincia y envió la mujer a Izrac.

[El monarca de Córdoba], Mubámed, al saber lo ocurrido, púsose en violenta agitación (temía seguramente perder las provincias fronterizas próximas [de Guadaluajara], como se habían perdido ya para él las fronterizas lejanas [de Zaragoza], y determinó mandar una persona fiel a fin de poner a prueba la sumisión y las intenciones de Izrac. Izrac, aunque se mostró conciliador con el enviado del monarca, se limitó a decir:

«Ya se verá bien claro, si me mantengo en la obediencia del monarca o no.»

Luego que hubo satisfecho los naturales deseos de recién casado, salió [de Guadaluajara] con pequeña escolta y, apar-

rrera a Murcia, que tiene indicios de ser un soldado español el que narra, con estribillos vulgares propios de la poesía popular. Este lo ha conservado ABENHAYÁN en su *Almoctabis*, códice de Oxford, fol. 87 r.^o Mi propósito actual es dar sólo unas muestras de esa épica popular andaluza.

tándose de las carreteras o caminos frecuentados, sin que ojo humano que le conociera le pudiese ver, se plantó ante la puerta de los Jardines [del palacio real de Córdoba]. En el alcázar produjo su llegada un tumulto: los pajes de palacio corrieron a porfía a comunicar la buena nueva al monarca. Este ordenó que se le introdujera en palacio y [una vez en su presencia] le recriminó por el hecho de haber contraído parentesco de afinidad con un enemigo del monarca. Izrac le refirió el suceso tal como había ocurrido y añadió:

«¿Qué daño puede causarte el que tu amigo
Goze (1) de la hija de tu enemigo?
Si me es posible conseguir atraerle por este medio, lo haré.
De lo contrario, cuéntame entre los que le combatan para someterle.»

El monarca de Córdoba hizo comensal suyo a Izrac durante unos días; agasajóle con regalos; le dió espléndidos vestidos y, por fin, le dejó marchar.

Cuando Muza ben Muza supo lo que había pasado, reunió ejército, fué a Guadalajara y puso sitio a la ciudad. Izrac hallábase durmiendo en la Alcazaba que domina el río; tenía la cabeza reclinada en el regazo de su mujer. Los del pueblo de Guadalajara se habían diseminado por los cármenes y jardines, cuando arremetió contra ellos Muza ben Muza y los que le acompañaban, lanzándolos al río. La mujer de Izrac alegróse al ver lo que su padre estaba haciendo, despertó a su marido y le dijo:

«Mira lo que hace aquel león!»

Contestóle el marido:

«¿Cómo! ¿crees a tu padre superior a mí?
Una de dos: o tu padre es más valiente que yo
O se ha acabado ya su buena reputación.»

Coge Izrac su cota de mallas, se la viste inmediatamente y sale al encuentro de Muza; y, como Izrac era uno de los

(1) El autor usa de frase un poco más plebeya que no me he atrevido a traducir crudamente.

más diestros arrojadores de lanza, tiróle una lanzada tan certera, que Muza se dió cuenta instantáneamente de que estaba herido: encomendó el mando a otro para volverse a su país y murió antes de llegar a Tudela.»

Este trozo de Benalcueta es evidentemente una versión prosificada de una leyenda poética popular basada en un hecho histórico. Es el proceso ordinario: un hecho real da lugar a una leyenda histórica poetizada, y esta leyenda es aprovechada luego por los historiadores, los cuales, al redactar la prosa histórica, alteran la forma poética primitiva (1). No nos queda ahora más remedio que contentarnos con la imagen alterada de aquellas composiciones épicas.

Las huellas de la poetización popular, en este caso, son, para mí, evidentes.

El hecho de presentarse un ejército delante de una ciudad, sin que el señor de la misma esté apercibido y aun le sorprenda durmiendo tranquila y muellamente en el regazo de su mujer, es una inverosimilitud de concepción puramente popular; la forma del mensaje en que se invita al casamiento, no es sólo de concepción popular, sino que es un trozo dialogado que ha debido pasar íntegro tal como se hallaría en la primitiva redacción, aunque traducido; la contestación ambigua de Izrac al mensajero del monarca, es recurso para complicar el cuento y mantener el interés del relato; el viaje de Izrac por caminos extraviados, la violenta agitación del monarca, el tumulto de palacio, la corrida de los pajes, son también de gusto popular; la conversación de Izrac con el monarca, no sólo es popular, sino propia únicamente

(1) Lo mismo ha debido de suceder con la anterior «El primer conde de Andalucía». Ambas han sido trasladadas casi literalmente de las crónicas árabes a la *Historia de los musulmanes de España*, de Dozy I, 214 y 215). Aprovechando esas narraciones poetizadas, es como Dozy ha hecho un relato tan agradable y pintoresco. En sus *Recherches*, I, 214, traduce esta historietta, omitiendo algunos rasgos que son de poetización popular.

de gente de muy baja estofa; y, por fin, la escena de la Alcazaba, en que la hija de Muza, teniendo al marido durmiendo en su regazo, se alegra y entusiasma de la hazaña guerrera de su padre contra los súbditos de su esposo, es de un efecto estético muy subido, pero completamente irreal. Si se observa, por otra parte, que Benalcutía refiere el suceso sin citar ninguna autoridad de persona determinada, y aparece el relato en su crónica sin antecedentes ni consiguientes, como pieza suelta, sin enlace histórico, hay que suponer que la narración llegó a él por vía popular y no formando parte de una relación histórica anterior.

Bien examinada la historieta, forma un cuadrito de poesía caballeresca: una joya de la primitiva épica andaluza, que no desdice de la épica posterior castellana; una perla venerable por su antigüedad, que merece figurar engarzada en punto céntrico del precioso collar de los romances españoles. Hay algunos otros relatos caballerescos de aquella edad; pero no he visto ninguno que, como éste, pueda personificar mejor aquel fermento épico primitivo.

¡Lástima que la épica realmente española de aquellos tiempos se haya perdido casi totalmente, y que de las únicas muestras que se han conservado no se pueda reconstruir la forma genuina! Sabemos que el gallego Abenmeruán, señor de Badajoz y comarcas vecinas portuguesas, el caballero andante de aquellos tiempos, unas veces sin hogar ni fortaleza, otras rey de comarcas occidentales, tuvo historiadores de sus hazañas, cuyas historias se perdieron (1); las gestas del caballero Omar ben Hafsún, que tras muchas aventuras acabó por ser el gran rey del Mediodía, apenas han llegado a nosotros por rastros en los que se transparenta la hoga que la épica de sus hazañas hubo de alcanzar, puesto que llegó al extremo de forjar leyendas de su juventud, con las predi-

(1) BENALCUTÍA (pág. 89) no quiere contar las hazañas de ese gallego y las de otro caballero llamado Sorombequí, *por ser de demasiado largas de contar*. Lo poco que cuenta tiene tinte caballeresco muy acentuado.

ciones y adivinaciones que el alma popular supone en todo tipo de gran celebridad social (1); de otros reyes de raza hispana, como Abenrodolfo de Algarbe, apenas se sabe otra cosa que su nombre y la riqueza, orden y policía de su reino, etc., etc.

¿Y qué de extrañar es que aquella épica romance se perdiera, si se ha perdido también la escrita en árabe? De los poemas de Algazal y de Temam no queda más que una mención breve; de los millares de poemas compuestos para narrar las hazañas de Almanzor y otros guerreros, a quienes cantaron, no sólo poetas populares, sino eruditos y clásicos, apenas quedan algunos trozos; de multitud de poetas que compusieron zéjeles, ni siquiera el nombre; del propio inventor del género y de otros muchos que le imitaron, ni una sola composición (2). Todo lo que oíra a nacionalismo hispano, a cariño de civilizaciones no musulmanas, casi todo fué desapareciendo derrumbado por modas posteriores; ni aun de los ascetas musulmanes de aquella edad, como Abenmasarra, queda siquiera una hoja de sus libros. De los mejores escritores, quizá se haya perdido lo más personal, lo de originalidad más acentuada, que mayor interés pudiera tener para nosotros.

En materia histórica se conservaron las narraciones de los hechos de las familias legitimistas: los de la aristocracia sevillana unida a los godos (referidos por Benalcutla, descendiente de ella, y por Temam, casado con cristiana). Las que tratan de Rodrigo y Julián, todas despectivas, narradas por visigodos; y de las dinastías genuinamente españolas, los Benicasi de Zaragoza, los Beniatagüil de Huesca, y otros

(1) Dozy, en su *Historia*, II, 192, cuenta como histórico lo que, evidentemente, es leyenda de la juventud de Abenhafsán.

(2) Lo más popular ha sido precisamente lo más desdeñado. ABENHAYÁN, ADDABI y otros citan a Mocádem, el inventor de un sistema lírico, y nada dicen de su invención. ABENBASSAM, si da noticia del invento, es despectivamente, como si aquél hubiera cometido un pecado.

innumerables que tuvieron sus poetas e historiadores, ni una sola obra de éstos (1).

Pero esa falta de noticias no debe privarnos de creer que esa épica pudo vivir mientras hubiera un medio social en el pueblo andaluz que conservara cariño a la lengua nacional y a los asuntos de esa épica. Hasta Abderrahmen III vense en Córdoba familias musulmanas, de alto copete, de raza española, nobles apazguados, señores de castillos o ciudades que capitulaban, que eran latinados. Eso indica que aun había muy densas capas sociales en que se mantenía la lengua nacional.

Podría irse perdiendo la viveza y robustez de la tradición poética, porque las modas literarias árabes hicieron sentir influencia creciente, que vino a ser poderosa en capas superiores desde Abderrahmen III y Alhaquem II, monarcas que se esforzaron por todo medio en infiltrar el clasicismo árabe; pero hay que reconocer que éste no pudo ahogar la vitalidad de un género popular genuinamente español (aunque en lengua árabe) como la moaxaha, nacido de aquella literatura romance.

Yo me atrevería aun a afirmar que si esa corriente popular romance pudo perder consideración en esferas del pueblo musulmán andaluz, hubo de adquirirla en otro medio social, cuya importancia aún no se ha estudiado, a saber, la colonia europea establecida en la España musulmana. Es un hecho interesante: a medida que la población indígena española se iba arabizando, acudían en mayor número irrupciones de gente europea a establecerse en Andalucía: me refiero a la multitud de gallegos, vascos, aragoneses, catalanes, provenzales, franceses, italianos y gentes del norte de Europa que entraban en Andalucía, los cuales convivieron con el elemento indígena español, con quien podían hermanar en los gustos y en la lengua familiar.

(1) Abenházam, apud ALMACARÍ, II, 118, enumera historias especiales de Abenhafsun, de Abenmeruán, de los Benicasí, de los Beniatagüil, etc., que se han perdido.

Desde muy antiguo, desde las victorias árabes en Francia, vinieron a España como prisioneros de guerra o esclavos (1). España musulmana fué mercado espléndidamente provisto de esclavos europeos, los cuales, no por ser esclavos, venían a desempeñar papeles ínfimos y sin importancia: muchos de ellos, dedicados al servicio militar o personal de los monarcas, y de la nobleza de sangre o del dinero, llegaron a desempeñar los primeros puestos del Estado; y, aunque se convertían al islamismo, condición que se les exigía para obtener la libertad o los cargos públicos, no por eso dejaban de ser europeos (2).

Para hacer evidente la importancia de este elemento social en la cultura hispana, bastará una escueta y breve enumeración de algunos hechos, que los historiadores nos han conservado.

Abderrahmen I tuvo, por canciller, a uno de esos esclavos durante su reinado (3), y eunucos eran los altos empleados palaciegos (4).

Abderrahmen II los puso al frente de sus tropas (5), y a

(1) En el botín de guerra figuraban los prisioneros, los cuales quedaban como esclavos. Alhaquem I trajo de Francia esclavos franceses. ALMACARÍ, I, 218.

Mohámed combate con Ludovico y trae prisioneros. ALMACARÍ, I, 226.

Los franceses, combatiendo con las gentes del centro de Europa, hacen prisioneros y los traen a Andalucía para venderlos como esclavos. ALMACARÍ, I, 92.

Los judíos mantenían la industria de fabricar eunucos, especialmente en el mediodía de Francia. DOZY, *Hist.*, III, 60.

El conde de Cataluña envía a Alhaquem II veinte mancebos eunucos. ALMACARÍ, I, 249.

(2) Del elemento gallego y catalán en la España musulmana ya expuse algunas noticias en mi *Discurso* antes citado.

(3) Mansor el Eunuco. ALMACARÍ, II, 31.

(4) ALMACARÍ, I, 236.

(5) Maisara dirige las tropas en el sitio de Toledo. ABENADARÍ, II, 86.

ellos pertenecía Násar, su favorito, el cual dirige la recluta de su ejército (1) y domina en palacio.

En tiempos de Mohámed, los esclavos alcanzan preponderancia política, social y hasta literaria (2).

Almondír tuvo idéntico servicio (3), y aun se dice que murió envenenado por un esclavo (4).

En la época de Abdála se mezclan en los más delicados asuntos de Estado (5), y algunos de ellos por sus servicios políticos son nombrados ministros (6).

Abderrahmen III da los más altos cargos de la milicia y de la administración a hombres de esta clase (7), que adquirieron gran preeminencia (8). En Medina Azahra es incontable el número de europeos que están al servicio de este monarca (9).

En el reinado de Alhaquem II, un esclavo es la persona de su confianza: el canciller del imperio, a quien en cierta ocasión regala cien esclavos franceses que visten a la provenzal, según Dozy (10). Un esclavo es su bibliotecario real (11); es-

(1) Para combatir a los normandos. ABENADARÍ, II, 86. El monarca está servido por esclavos. BENALCUTÍA, 69 y 70, 76 y 77. Encarga delicadas misiones a Eidón. BENALCUTÍA, 72, 78 y 79. Vide además Dozy, *Histoire*, II, 152 y 153.

(2) Abenguéchih sobresale como hombre culto en letras árabes. *Al-hollato's siyará*, 76. Chodor y Fatín, personajes de alta consideración en palacio, se distinguen como letrados. *Tecmita*, biografía 17. A estos extranjeros llamábaseles *eslavos*.

(3) Eidón dirige la caballería. ABENADARÍ, II, 118.

(4) Por Maisur. BENALCUTÍA, 102.

(5) ABENADARÍ, II, 128.

(6) BENALCUTÍA, 112.

(7) ABENADARÍ, II, 170, 173 y 280.

(8) ABENADARÍ, II, 277 y 280.

(9) Algunos historiadores hacen ascender el número a 13.750. ALMACARÍ, I, 372. Otros dicen 3.750. ALMACARÍ, I, 373. Otros, 6.087. ALMACARÍ, I, 346.

(10) ALMACARÍ, I, 247.

(11) ALMACARÍ, I, 249 y 256.

lavos fueron los que firmaron el acta de proclamación cuando ascendió al trono (1); y esclavos son los que rodean al monarca en las recepciones palatinas y los que gobiernan ciertos asuntos políticos y militares (2).

En los tiempos de Almanzor el número, la influencia y el poder de los esclavos llegan a la plenitud, no sólo en la milicia y gobierno, sino hasta como clase social (3). Tanto arraigo adquirieron, que llegaron al extremo de poner y quitar reyes (4), y al fin se erigieron en tales fundando dinastías (5).

Casi todos estos extranjeros, para conseguir el medro en país musulmán, solían renegar de su religión y convertirse al islamismo; pero vinieron después tiempos de decadencia para el poder político de los musulmanes españoles, y entonces ocurrió fenómeno distinto: el de venir militares cristianos, a quienes no se exigía renegar ya de su religión a pesar de ponerse al servicio de los musulmanes.

Aun en tiempo de los Omeyas se vieron en Córdoba ejér-

(1) ALMACARÍ, I, 250.

(2) ALMACARÍ, I, 251 y 472. En cierta ocasión salieron del alcázar 800. ALMACARÍ, I, 257.

(3) Sobresalen en el palenque literario, ALMACARÍ, II, 57, 59, 60, 61, 257, 259; forman la mayoría de sus tropas, ALMACARÍ, I, 393. En los ejércitos de Almanzor el domingo era fiesta, pues tenía leoneses, castellanos y navarros a su servicio, Dozy, *Hist.*, III, 183; MUÑOZ ROMERO, *El Estado de las personas en los reinos de Asturias y León*, pág. 122. Catalanes esclavos, Dozy, *Hist.*, III, 199; gallegos, Dozy, *Hist.*, III, 235. Véanse además sobre los esclavos en la *Historia* de Dozy, tomo III, págs. 134, 146, 260, 300, 312, 329, 358, etc.

No es de extrañar que de Almudafar, hijo de Almanzor, nos digan que era aficionado a tener tertulias con gente que hablaba romance.

(4) ADDABI, págs. 20, 21, 25 y 27. ABENSAID, manuscrito número 80 de la Academia de la Historia, folio 90. ALMACARÍ, I, 281 y 316.

(5) Jairán y Zohair, reyes de Almería, ALMACARÍ, I, 317, y Mochéhid en Denia, ALMACARÍ, II, 359.

bitos de catalanes, llamados para intervenir en favor de un partido político (1). Almotácim ben Somadib tiene militares cristianos a su servicio (2), como Almutamen, de Zaragoza (3). Abenmardanis, de Valencia, se apoya en tropas cristianas, contra los almohades (4), y el héroe nacional más famoso de la España cristiana, el Cid, entre musulmanes vivió (5) y al servicio de los musulmanes anduvo bastante tiempo.

Esos extranjeros venidos a Andalucía de países europeos, al llegar a la fortuna, es de creer que llamasen a sus familias, para que compartiesen con ellos la posición y riqueza adquiridas: el paure de Násar, favorito de Abderrahmen II, en Córdoba vivía, y se entendía perfectamente con el pueblo hablando en romance (6). De esa manera se acrecentaba su número e influencia dentro de la sociedad andaluza y, aun cuando se convirtieran al islamismo, mantenían el espíritu europeo de los españoles musulmanes indígenas. Algunos de ellos fueron partidarios acérrimos del *choubismo*, partido que sostenía la superioridad intelectual de los pueblos no árabes sobre el árabe: célebre es la carta literaria de Abengarcía, autor árabe de origen vasco, escrita con ese intento (7) de probar la inferioridad del pueblo árabe comparado con los hombres de razas europeas.

(1) ADDABI, pág. 20.

(2) ALMACARÍ, II, 335.

(3) ALMACARÍ, I, 432 y 433.

(4) ALMACARÍ, I, 289. Y hablaba con sus soldados castellanos navarros y catalanes en la lengua de éstos. *Recherches*, DOZY, I, 365 y 366.

(5) El Cid Campeador. En su mismo nombre lleva, a mi juicio, huellas del romance andaluz: *Cid Campeator* (como le llaman los historiadores árabes), es de formación idéntica a *Cid Bono*, apellido usado entre los moros de Valencia, según estos historiadores. Creo muy probable que pertenezca y proceda de la lengua vulgar del pueblo que le dió ese nombre, y no de origen germánico, como quiere Dozy, *Recherches*, II, pág. 58.

(6) Vide *Discurso* mío citado, pág. 22.

(7) BENJAIB, 419. Abengarcía vivió en la corte de un rey de

Viviendo esos europeos en Andalucía, era natural que se asimilasen la cultura popular indígena, la cual casaba con sus gustos europeos; y es de pensar que los que volviesen a su país de origen comunicaran allá lo que aquí habían aprendido; sobre todo habían de gustar de referir sus hazañas personales o sus aventuras. Erán, pues, estos extranjeros un medio a propósito para que vivieran las tradiciones populares andaluzas, especialmente las guerreras y caballerescas. El mismo Abenezmán, en medio de sus lirismos poéticos, deja deslizar de cuando en cuando frases pronunciadas por militares cristianos, en lengua romance, que tienen trazas de pertenecer a narraciones vulgares que todo el mundo sabía.

Tales consideraciones las creo yo muy importantes, por-

raza europea, lebalodaula, de Denia. ABENSAD, manuscrito 53 de la Real Academia de la Historia, fols. 43 y 53.

Los eslavos escribieron también en árabe para defenderse. Habib el eslavo escribió un libro para demostrar las excelencias y mérito de los hombres de su raza, contra un grupo de cordobeses que negaban el mérito a los eslavos. *Tecmila*, biogs. 1212 y 89.

Estos europeos estaban enterados de las composiciones poéticas de moda en Andalucía, puesto que Obada, autor de moaxahas, dirigió versos laudatorios a eslavos que iban acompañados de franceses. *ALMACARÍ*, I, 316.

Algunos de ellos volvían a su país natal, después de haber logrado fortuna, honores y riquezas en Andalucía. La familia del rey de Denia, Mochéhid, quiso quedarse en Europa después de haber estado en España. Vide *CODERA*, *Mochéhid, conquistador de Cerdeña. Centenario de la miscela de Michele Amari*, vol. 2, pág. 115 y siguientes. Se ve en este trabajo un ejemplo probatorio: All, hijo de Mochéhid, estuvo en Alemania largo tiempo; aprendió la lengua de los cristianos, entre quienes pasó la juventud, y se instruyó en la religión cristiana. Luego, por mediación de su padre, se hizo musulmán.

ABENHÁZAM, en su *Fisal*, III, 12, recuerda el caso de un vasconavarro, persona de gran posición, que deseaba con empeño llevar a Córdoba a su familia; pero que no pudo conseguirlo por las dificultades de las comunicaciones en aquellos tiempos de guerra civil.

que, demostrada la continuidad del elemento europeo dentro de Andalucía, nada tiene de extraño que ése haya sido el nexo de la continuidad de las manifestaciones épicas, enlazando las primitivas del siglo IX con las posteriores de literaturas romances europeas (1).

(1) Son innumerables los datos sueltos que aparecen en historiadores que indican constantes comunicaciones entre la España musulmana y Europa. Aunque no muy sistematizados, voy a exponer algunos:

ABENADARI, II, 100, y ALMACARÍ, I, 226, recuerdan el caso de Fortún ben García, el Tuerto, el cual fué llevado de Navarra a Córdoba; en esta capital permaneció veinte años; luego le soltaron y vivió en su país hasta edad muy avanzada. Ocurrió esto en tiempos del rey Mohámed.

ALMACARÍ, I, 316, menciona europeos que tuvieron que huir de Andalucía, por crímenes que realizaron, para escapar de la justicia.

ALFARADÍ, biog. 952, da noticias de un alcalde moro de Tudela que cayó prisionero de cristianos y fué rescatado luego. Murió en 337.

EDRISI (edición Dozy), pág. 241. recuerda a musulmanes de Almería que fueron cautivos.

MUÑOZ ROMERO, *Estado de las personas*, págs. 30, 81, 36, 43, 45 y 97, menciona familias de esclavos musulmanes en país cristiano.

ANDALÍ, pág. 35. A la batalla de Alarcos acudieron multitud de comerciantes judíos para comprar esclavos. ALMACARÍ, I, 279. En ella cayeron miles de prisioneros.

ALMACARÍ, I, 203, 344 y 813. Redención de esclavos.

ABENSAFO, manuscrito 223 r.^o Abensiguar, de Lisboa, poeta famoso, fué cautivado por cristianos. Tuvo que sufrir mucho hasta ser rescatado.

ABENHÁZAM, *Chámbara*, capítulo de la familia de Abderrahmen III. Un biznieto de éste, llamado Yecid, renegó del islamismo y se fué a país cristiano. Luego reingresó en el islamismo.

Tras la reconquista de Toledo y Zaragoza, multitud inmensa de musulmanes quedaron en país cristiano.

La comunicación por causas políticas fué muy frecuente, aparte de la que imponía el estado de guerra.

Embajadas. ALMACARÍ, I, 223, 227, 235 y 252; II, 355.

Yo creo a los concedores de la épica española les bastará fijarse un poco en esos restos venerables, de que hemos dado una muestra, para encontrar allá en el centro de Andalucía los precedentes de la épica posterior, precedentes que ostentan caracteres semejantes y lo bastante claros para evidenciarse de la continuidad de la tradición épica genuinamente española.

Pero esa épica española posterior, del poema del Cid y de los romances, se ha creído por muchos derivada de la francesa (1). Como la de España parecía más moderna, no es

El rey Ordoño muere en Córdoba. Dozy, *Histoire*, III, 104.

Príncipes cristianos se educan en corte musulmana. Dozy, *Recherches*, I, 215 y 216.

Moros y cristianos acuden a bodas de príncipes moros. ALMACARÍ, I, 424.

El comercio del Mediterráneo fué también motivo de comunicación constante. Artículos de exportación e importación. ALMACARÍ, II, 139.

Viajeros cristianos vienen a Andalucía. Los monjes Usuardo y Odilardo, de Saint Germain des Prés, en 858. Dozy, *Histoire*, II, 186. La monja Roswita, célebre poetisa latina de la segunda mitad del siglo x. Dozy, *Histoire*, III, 92.

Alarifes de Constantinopla y de todas partes trabajan en Medina Azahara. ALMACARÍ, I, 380.

(1) Es de notar la insistencia y unanimidad de los más insignes historiadores franceses de la literatura en negar la existencia de antigua epopeya nacional en España y de adjudicarle origen francés, o explicar, por imitación francesa, nuestra epopeya, el cantar del Cid y los romances. GASTON PARIS, *Histoire poétique de Charlemagne*, Paris, 1865, pág. 203, dice que España no ha tenido epopeya, e insinúa que «cantares de gesta» no puede venir a los españoles más que de Francia, por ser palabra francesa. LÉON GAUTIER (*Chanson de Roland*, pág. cxl), dice que todos los eruditos están de acuerdo en que el poema del Cid se compuso siguiendo como modelo canciones de gesta francesas. JOSEPH BÉDIER (*Legendes épiques*, II, 177) cree que Francia tiene epopeya cuando los demás pueblos eran bárbaros, divididos, im-

de extrañar que se cayese en la tentación de adjudicarle origen francés; sobre todo fijándose en que la épica francesa y la española tienen muchos caracteres comunes que podrían explicarse por un origen común; pero descubierta la existencia de una literatura popular romance española en tan remotos siglos, y siendo la francesa innegablemente posterior a la andaluza, ¿es de pensar que la francesa estuviese libre por completo de la influencia de aquella nuestra épica primitiva? Yo creo que será muy difícil probar la entera originalidad de la épica francesa, una vez demostrada la existencia de una literatura popular romance en Andalucía en el siglo ix (1).

Yo no quisiera hacer afirmación ninguna que no estuviese bien fundada. No puedo personalmente, por juicios propios, hacerlas, puesto que conozco muy imperfecta y ligeramente la epopeya francesa; pero cabe que exponga mis impresiones, aleniéndome, en lo técnico y delicado, a la autoridad de los más eximios historiadores de esa literatura.

De pronto salta a la vista en la epopeya francesa un fenómeno extraño: ésta no arraiga, ni siquiera aparece, en los países del sur de Francia, cercanos a provincias musulmanas españolas, donde los ecos de la estruendosa lucha con los moros pudieran repercutir suscitando ardores guerreros e impulsos épicos; sólo vive poderosa allá en el norte de Fran-

potentes, y que la literatura francesa ha debido inspirar todas las literaturas de Europa.

A nadie le ocurre que de España pueda venir influencia alguna que explique tales fenómenos, aunque los asuntos sean realmente españoles. Dozy busca el origen *normando* de algunas relaciones y del espíritu caballeresco (*Nyrop, Storia dell'epopea francese nel medio evo* (Torino, 1888, pág. 157). Véase *L'epopée castillane*, de R. MENÉNDEZ PIDAL, cuyos trabajos constituyen la reivindicación más decisiva de la épica española.

(1) GASTON, obra citada, pág. 11. Aunque hay noticias de cantos franceses en el siglo vii al x, la épica francesa se constituye realmente en el siglo xi en el norte de Francia.

cia (1), donde la amenaza del peligro musulmán fué muy pasajera.

¿Y qué hechos son los que canta esa épica francesa del Norte? Pues canta... las luchas con los musulmanes de España, con ese tremendo enemigo del sur (2), cuando ese enemigo ya no podía ser temible para los franceses del norte, porque andaba ya de vencida combatido por los montañeses pirenaicos. ¿No es esto cosa relleja, mediata, algo artificiosa y poco espontánea? ¿No indica que esa épica está movida por extraños impulsos, estímulos de emulación, competencia o imitación de otra épica producida directamente por el hervor de la lucha, en pueblo que realmente fuera el que interviniese activa y vivamente en los sucesos? Mientras se desconocía la existencia de una literatura anterior, pudo plantearse la cuestión de otro modo; pero ahora ya no tenemos más remedio que relacionar esas dos épicas. Para la comparación hemos de acudir a los venerables restos que hemos estudiado anteriormente, v. gr., al tipo narrativo de Izrac el de Guadalajara. Con él tenemos un individuo que personifica la especie (3).

Comparemos, pues, aquella épica primitiva con las épicas posteriores española y francesa.

La épica española primitiva no aparece como srfa imita-

(1) En los países del sur, como Provenza, floreció el género lírico derivado de la métrica andaluza (vide mi *Discurso* citado, pág. 40 y sigs.).

No hay prueba de que la épica floreciese en tierras provenzales según NVRON, *Storia dell'epopea francese nel medio evo*.

(2) Lo que ha dado carácter esencial a la épica francesa es:

«La lucha de Europa cristiana contra los sarracenos, bajo la hegemonía de Francia.» «Carlomagno es el centro orgánico.» «Los enemigos son los musulmanes de España.» GASTON, *Histoire poétique de Charlemagne*, Paris, 1865.

(3) Nos autoriza a ello la consideración que expone RAJNA en *Le origini dell'epopea francese* (Firenze, 1884), pág. 283, en que dice: «Un individuo de una especie, descubierto en un estrato de la costra terrestre, denuncia la existencia de la especie.» Y luego aplica este criterio a la literatura.

ción de literatura extraña. Es narración de sucesos cuya memoria está muy fresca, puesto que de la realización del suceso a su inclusión en una crónica, apenas pasa un siglo, durante el cual hubo de forjarse la leyenda aprovechada por la crónica (1). En esto coincide con la castellana y en parte con la francesa de los siglos XII y XIII (2).

Se forma al hervor de la lucha en tiempos y lugares en que era muy viva. Coincide en esto con la castellana (3).

Los personajes son históricos (4). Lo mismo ocurre en la castellana y la francesa (5).

Late en aquella narración una idea política; un sentimiento público de protesta contra la feudalidad de los señores, en el anárquico desorden de la época, brillando el triunfo de la lealtad al monarca central. En esto coincide con la castellana y la francesa (6).

Los hechos principales son caballerescos: duelo entre campeones. Semejante a la épica castellana y francesa (7).

Si interviene la mujer es para excitar la emulación y el

(1) El historiador Abenalcutia, que narra lo de Izrac, murió en 367 de la Hégira. ALFARADÍ, biog. 1316. El emir Mohámed, en cuyo reinado ocurrió el suceso, murió en 273 de la Hégira. ADDABÍ, pág. 16. La diferencia: menos de un siglo.

(2) BÉDIER, I, 8.

(3) El cantar del Cid está compuesto por autor que vive en lugares fronterizos a los musulmanes, en los sitios de los sucesos, no lejos de Guadalajara. M. P., *Épopée*, pág. 119.

(4) Dozy y los demás historiadores de la España musulmana la han aprovechado como material histórico. Véase Dozy, en sus *Recherches*, 3.^a edición, II, 199, lo que dice de la poesía popular castellana.

(5) GASTON, 12. Relatos de sucesos reales que luego se poetizan o idealizan. NYROP, 357. La épica francesa se distingue de todas por su carácter histórico.

(6) GASTON, pág. 15. La fidelidad al soberano. BÉDIER, pág. 1.

(7) GASTON, 15. Gran papel del campeón. NYROP, 86. Guerreros sarracenos en combates singulares. MENÉNDEZ PIDAR, *Épopée*, recuerda que es usanza vieja entre musulmanes.

pundonor caballerescos, pero reléganse a segundo término los lazos de familia y de amor. Este aparece sin refinamientos cortesanos ni románticos. Coincide en esto peculiarmente con la castellana y tiene sus semejanzas con la francesa más antigua (1).

La acción suele ser un episodio guerrero, a cuyo relato se va directamente, sin preámbulos, con naturalidad, ingenuidad y hasta con algún tinte local; se exponen las embajadas en forma directa, como en los trozos dialogados. Coincide en esto con la castellana y en parte con la francesa (2).

En resumen, es la andaluza una épica muy humana, en que no se apela, para dar interés artístico a la narración, a entes sobrenaturales, diablos ni genios, ni abstracciones, ni erudiciones. Se elige un acontecimiento de trascendencia y se le da un desarrollo natural y humano. En esto coincide con la castellana y la antigua francesa.

Aparte de estos caracteres generales, hay ciertos signos concretos muy dignos de ser notados.

En la épica francesa es frecuente adjudicar a un personaje francés hazañas que otro ha realizado (3). A Carlomag-

(1) NYROP, 348. En los más antiguos poemas la mujer ocupa puesto insignificante. Los héroes se ocupan sólo del gran problema: combatir. Salen mujeres, pero no dulcineas. GASTON, 15, poca intervención de mujeres. Sin embargo, en varios poemas franceses se verifica casamiento, como en el de Izrac, si bien como desenlace final, NYROP, 68, 87 y 145. MENÉNDEZ PIDAL, *Épopée*, 176. La presencia de la dama para exaltar el fervor guerrero.

(2) GASTON, 12. Hechos guerreros generalmente: mensajes, desafíos, muertes, venganzas, etc. La épica francesa se formó, según este autor, de composiciones fragmentarias, conservando siempre las huellas de ese carácter: la muerte de Rolando, la toma de tal ciudad, etc.

En las historias españolas de los musulmanes cada expedición guerrera lleva su nombre popular para designarla. Vide *Almoctabís*, de ABENHAYÁN, *passim*.

(3) GASTON, 431, afirma que es hecho extremadamente frecuente en la historia de las poesías transportar a un héroe los relatos de otro más antiguo.

no, personaje central de la epopeya francesa, le hacen correr aventuras que él no pudo correr y que hubieron de contarse seguramente de otros. Una de ellas tiene, para nuestro objeto, significación singular: sale desterrado de Francia para marcharse a la corte de un rey musulmán de España (1), en la cual vive como caballero desconocido; pero adquiere tal predicamento, que acaba por cusarse con la princesa, hija de ese rey (2). Este episodio tiene todas las trazas de ser un injerto de otra narración de algún francés enterado de las cosas que sucedían en España. Realmente en España, como antes hemos referido, es frecuente adquirir alta posición social los guerreros de Europa (3).

Pero las que más me han llamado la atención son estas dos coincidencias (4). El rey musulmán más traído y llevado en la épica francesa, v. gr., en la *Chanson de Roland*, es

(1) Abenhafsún tuvo que huir de su tierra y pasar la juventud en Africa; sirvió después en la corte del Emir de Córdoba. Fortuno, un caballero navarro, pasó veinte años en Córdoba prisionero. Lo soltaron al fin. Vide *Primera Crónica general*, página 367.

(2) GASTON, 230; NYROP, 84. Casamiento de caballero francés con hija de rey moro aparece también en las *Gestas de Elie*. NYROP, 191, etc.

(3) ALJONANÍ recuerda uno de esos casos. Un esclavo, mediante información de dos testigos falsos, adquiere la fortuna de su difunto patrono y se casa con su hija. La falta de escrúpulos del juez (que tiene fama de integérrimo) indica que el caso era frecuente en Córdoba, puesto que aun después de descubierta la falsedad mantiene firme su sentencia. También hay ejemplos de príncipes cristianos que van a educarse en corte musulmana. DOZY, en sus *Recherches*, I, 216 y 217, cita el caso del hijo de Alfonso III de León, que va a Zaragoza, corte de Muza.

(4) Hay otras muchas que no tendrán valor hasta que se acumule un gran número de ellas, v. gr., a Carlomagno le predice la Virgen María, al venir a España (GASTON, 280), cosa semejante a lo que Mahoma predijo a Taric (en sueños) al venir a España, ALMACARÍ, I, 142.

precisamente el rey de Zaragoza, es decir, el rey que interviene en el relato de Izrac el de Guadalajara (1).

Y el apellido de Izrac el de Guadalajara, campeón musulmán diestro y valiente, que aparece en el manuscrito de Benalcutía en la forma *Mont* (y con el diminutivo *Montell*) se aplica en la épica francesa a un caballero sarraceno (2) y

(1) El rey de Zaragoza en la épica francesa es Marsilio. El nombre árabe del monarca en el relato de Izrac es Muza. Así como del apellido de Izrac, *Mont*, se formó un diminutivo y aparece como tal en *Montell*, del mismo modo pudiéramos suponer que el apellido de Muza tuviera un diminutivo aragonés, *Muzello* o *Muziello*, el cual explicara por semejanza la forma francesa. En la épica francesa se emplean nombres aliterados de personajes que vivieron mucho después de los sucesos, v. g., *Almacur* y *Amustant*.

(2) Gaston 218. La coincidencia es más digna de notar sabiendo que los nombres de personas árabes que salen en la épica francesa no son inventados; suelen estar formados sobre nombres verdaderos o reales, aunque con variantes de la pronunciación vulgar: Abderrahmen unas veces se transcribe por *Bramunt* o *Bramante* (NUNOF, 84); otras por *Desramé* (BÉBIEA, *Legendes*, 77).

El nombre de Almanzor es *Aumaçor* (*Chanson de Roland*, LXVIII); Almostánsir título califal de Alhaquem II, es *Amustant*; y al califa le llama *algalifes*. Tales formas suponen, en los transmisores, conocimiento directo de la pronunciación vulgar. Saben que Almanzor y Almostánsir son títulos de dignidad. Es de presumir que fueran franceses que han estado en España, donde podrían conocer la épica popular española.

Se hace más evidente esa comunicación de entrecantos que han vivido en la España musulmana en algunas canciones de gestas que están más saturadas de influencias españolas, v. gr., en *Bueves de Commarhis* par ABENÉS LI ROIS, canción de gesta publicada por M. Aug. Scheler. Bruxelles, 1874. El asunto de ésta es la toma de Barbastro. Nombran al *Amustant de Cordres* (Almostánsir de Córdoba) y se da el nombre árabe a algunas damas, como Sororée que parece ser سوروبية (dama de Malatrie, أم القرية, hija del Amustant), Sor marinde, سوروب أم الهند, etc.; pero sobre todo es notable que se aluda a los reyes *Rabións*, es decir, a los Omeyyas de Córdoba, que son rubios (véase mi *Discurso* pág. 16), adjetivo

valiente que combate en España con Carlomagno, en las formas *Omont*, *Euumont*, *Almonte* (1).

En resumen, en la épica francesa aparecen dos tipos históricos de la épica andaluza primitiva.

Es demasiada coincidencia para achacar el hecho a simple casualidad, sobre todo sabiendo que no es un hecho aislado (2). Porque las influencias orientales en la literatura narrativa francesa no son cantidad despreciable. Jeanroy confiesa (3) que «las historias que sirven de fondo a los *fabliaux* franceses son casi todas de origen oriental».

que no es fácil se le ocurriera sino a persona muy familiarizada con los asuntos españoles. El adjetivo *rubión* pertenece al dialecto romance que se hablaba en Andalucía.

Dados tales antecedentes, se comprenderá que no es irracional la conjetura acerca del nombre del rey Marsilio de Zaragoza, que hemos insinuado antes, como diminutivo del Muza, del romance aragonés, *Muziella*.

(1) Es decir, el mismo apellido precedido del artículo, unas veces del artículo árabe *al*, otras del artículo gallego o andaluz *o*. RAJNA, pág. 263, cree que debe ser transformación del apellido germano *Egil-mund*. La palabra *mont* es tan latina y tan usada en Andalucía, que no es de creer que fuera germánico ese apellido.

(2) En la épica francesa salen multitud de guerreros musulmanes españoles, como el terrible Ferragus (que pelea contra los doce pares, NYROP, 8; Pierabrás (NYROP, 89), etc. BÉDIER (*Legendes*, pág. 88) cita a sarraceno gigante que sirve en Francia. Y hasta en *Chants populaires de la Bretagne* (Barzaz-Breiz), publicados por Vilamarqué, salen moros como caballeros famosos en Francia. Véase 4.^a edición, París, Leipzig, 1846.

Es frecuente el uso de vocablos y apellidos moros españoles, algunos de ellos con traducción del árabe. En la *Chanson de Roland* a la mujer de Marsilio unas veces le llaman *Bramidonie*, otras veces *Bramiaunde*, como traduciendo *donie* دنيا por *monde*, que es buena traducción. Así es como puede explicarse el *Tervagant* como traducción de الخصر, personaje mítico de los musulmanes, que va errante por el mundo, el cual aparece como dios musulmán en la épica francesa.

(3) En su obra *Les origines de la poésie lyrique en France au moyen âge*, pág. 11.

Ahora bien; lo que ha pasado casi inadvertido—por el deseo de adjudicar la influencia a relaciones directas o menos antipáticas, cuales son las del imperio bizantino (1)—, es que las influencias venían de España. Algunos cuentos orientales, antes de llegar a Francia, habían venido a España, de donde fueron exportados, llevando el marchio indeleble de su viaje por la Península (2).

Por consiguiente, no es extraño que a la épica francesa hayan pasado elementos de la épica primitiva española, cuando las corrientes de la imitación empujaban en ese sentido. De España, nación la más civilizada de Europa en aquel entonces, pasan las influencias científicas y artísticas; en Europa penetraron la teología y la filosofía musulmanas personificadas muy principalmente en Averroes (3) y en Avempace y Abentofáil, que eran españoles; el sistema lírico popular andaluz penetró en la Provenza; pasó la astronomía, la medicina, las matemáticas; pasaron cuentos populares, apólogos, ¿no pasaría nada de la épica popular andaluza, muy asequible a la población europea que vivía en España?

En la historia humana nada suele perderse; las corrientes de comunicación entre los pueblos se establecen unas veces por capas inferiores (4); otras por capas superiores; y mu-

(1) Gaston prefiere a veces decidirse por explicar los rastros orientales por comunicación con los bizantinos. BÉDIER, II, 177.

(2) En la obra *Fabliaux et contes des poètes françois des XI, XII, XIII, XIV et XV siècle, publiés par BARBIZAN* (París, Crapelle, 1808), pág. 107, y en *Anciens Fabliaux*, III, pág. 248, se inserta una narración oriental en que se adjudica a un musulmán español uno de los principales papeles del cuento: señal evidente de que la narración hubo de ser transmitida por narradores españoles; porque es procedimiento ordinario el aplicar los cuentos a la nación o gente entre quienes vive el narrador, para excitar mayor interés:

*D'un Espagnol oï conter
Qui vers Mecque voloit aller, etc.*

(3) Véase ASÍN, *Abenmasarra*, pág. 128.

(4) Véase un ejemplo de comunicación invisible o desconocida en la filosofía en *Abenmasarra*, de ASÍN, p. 118, y en general, p. 128.

chas veces por ambas al mismo tiempo. Puede alguna vez dudarse, cuando las corrientes van escondidas por las entrañas de la tierra, como las del Guadiana; pero hay que aceptar en esos casos que las huellas son señales o indicios de la corriente (1).

Abrese, pues, un camino nuevo a las investigaciones con el dato precioso de la existencia de una literatura romance en Andalucía. Lo que hace falta ahora es afinar el análisis de esos venerables restos y sondear las capas profundas de la civilización hispana. No se han estudiado aún los autores y las obras más genuinamente españoles y más originales, como las de Abenházam, que describe a Andalucía con ojos y gustos realmente españoles, apartándose de la tradición clásica de los árabes (2); los poetas populares apenas han comenzado a estudiarse (3); los místicos, en cuyas obras aparecen multitud de tradiciones populares antiguas, aún están sin explorar la mayor parte: y forman literatura ingente (4). Lo más íntimo de la historia social de la España musulmana está por esclarecer; por consiguiente las exploraciones en ese sentido prometen cosecha abundante y rica.

La curiosidad nos debe impeler en esa dirección, porque

(1) Rara vez y de modo esporádico se ha reconocido en pequeños pormenores. NYROP (pág. 105) dice que en el poema *Anseis de Charlaque* se nota influencia de la leyenda de *Rodrigo y la Cava*. En el poema de *Ogier* se incluye la misma estratagema de que usó Teodomiro. NYROP, 166.

(2) Ha comenzado ya a ser estudiado por Asin y menudean las ediciones de sus obras en El Cairo y en Europa. Hace poco se ha publicado su libro del Amor, *Tauk-al-hamama*, por el docto romanista y arabista D. K. PETROFF, catedrático de la Universidad de San Petersburgo. Leyde, Brill, 1814.

(3) Yo intenté un ensayo al estudiar el Cancionero de Abencuzmán en mi *Discurso* citado.

(4) El TOURTOU, en su *Lámpara de Principes*, inserta bastantes historietas, algunas de las cuales, por ser españolas, las tradujo Dozy Véanse *Recherches*, II, págs. 61 y 62, 235, 240 y 242.

aún hay muchos problemas que no se han resuelto definitivamente en la historia de las literaturas europeas, los cuales no son ajenos a estos estudios. Los orígenes suelen ser lo más oscuro: el hecho mismo de utilizar la lengua romance una literatura, es fenómeno que se explica perfectamente en la España musulmana, cuya población, no sabiendo el árabe y habiendo tenido que despreciar el latín, lengua litúrgica de la religión abandonada, no tuvo más remedio que utilizar el romance familiar (1). En fin, lo cierto e indudable es que los andaluces hicieron literaria la lengua nacional, antes que los otros pueblos latinos de Europa (2).

Este solo hecho es bastante para que España ocupe un primer lugar en los orígenes del renacimiento literario de Europa en la Edad Media.

He llegado, señores Académicos, al final de mi disertación. No sé si habré sabido exponer mis ideas en forma que haya llevado a vuestro ánimo el convencimiento acerca de la importancia del estudio que he tratado de iniciar. Sea cualquiera la opinión que forméis, sólo desearía que fuesen benévolamente interpretadas mis intenciones de demostraros la gratitud con que he recibido el honor de vuestra elección.

HE DICHO.

(1) Si es verdad que la épica se debe a fermento de razas que conviven, como dice GASTON PARIS, en su *Histoire poétique de Charlemagne*, pág. 3, en pocos países podría ofrecerse el abigarrado conjunto, que se ofrecía en España, en aquel tiempo, de razas y religiones las más distintas y más encontradas.

(2) Es coincidencia notable: el primer dialecto romance de Italia que se hace literario es, según afirma Dante, el siciliano, es decir, el hablado en un país musulmán, como en España lo fué el andaluz y el gallego.